

VEGA, VENTURA DE LA (1807-1865)

*LA MUERTE DE CÉSAR*

*Tragedia en cinco actos, en verso*

PERSONAS:

CÉSAR.  
BRUTO.  
CASIO.  
MARCO ANTONIO.  
CICERÓN.  
LÉPIDO.  
DECIO BRUTO,       *senador.*  
CASCA,               *senador.*  
TREBONIO,          *senador.*  
CIMBRO,             *senador.*  
CINA,                *senador.*  
MARCELO,          *tribuno del pueblo.*  
FLAVIO,             *tribuno del pueblo.*  
QUINTO LIGARIO.  
PUBLIO SIRO,        *poeta actor.*  
LABERIO,            *poeta actor.*  
ENNIO,              *esclavo de Casio.*  
LUCIO,              *esclavo de Quinto Ligario.*  
ARTEMIDORO,        *liberto.*  
FABERIO,            *secretario de César.*  
VALERIO,            *jefe de lictores.*  
LUCIO COTA,         *quindecemviro.*  
OCTAVIO,            *sobrino de César.*  
SERVILIA,            *madre de Bruto.*  
LICIA,                *esclava de Servilia.*

*Senadores, sacerdotes, lupercos, esclavos, pueblo, lictores, soldados.*

*La acción pasa en Roma*

## ACTO PRIMERO

*En el palacio de César*

*Escena I*

CÉSAR, MARCO ANTONIO.

*(Cuatro amanuenses siguen la palabra de César, que les dicta alternativamente.)*

ANTONIO

César, perdona si importuno Antonio  
a interrumpir se atreve tus tareas.  
Deja un instante de pensar en Roma  
y en ti y en mí y en tus amigos piensa.  
¿No basta que en la rota de Farsalia,  
desoyendo mi voto, tu clemencia  
concediera la vida a los vencidos?  
Pues ¡por Júpiter sacro! ¿a qué te empeñas  
en colmarlos de honores y mercedes?  
Bruto es pretor de Roma: esa caterva  
de senadores, que siguió a Pompeyo,  
a Roma traes y en el senado sientas.  
Cimbro, Casio y Marcelo y Flavio y Cina,  
tus contrarios ayer, con insolencia,  
aquí, a tu vista, en tu palacio mismo,  
tan soberbios y altivos se presentan,  
que a veces dudo si en Tesalia acaso  
yo a Pompeyo seguí, y ellos a César.  
Esa bondad, en vez de cautivarlos,  
su orgullo irrita y su osadía alienta.  
Ya hacen correr que el hijo de Pompeyo  
se alza segunda vez; ya que de Persia  
Cecilio Baso con crecida hueste  
rápido avanza y al Eúfrates llega.  
El locuaz Cicerón con desenfado  
tus edictos en público comenta,  
luciendo epigramáticos donaires  
que en daño tuyo repetidos vuelan.  
César, vuelve en tu acuerdo; por ti mira:  
la confianza hasta el exceso llevas.  
Déjame del poder, que entero abarcas,  
lo que baste a velar en tu defensa,

a descubrir y castigar traidores.  
No más reclamo, mi ambición es esa.  
Al dictador el cónsul se lo pide:  
al amigo el amigo se lo ruega.

CÉSAR

Antonio, me distraes.

*(Dictando.)*

«Volver a Roma  
pueden, en libertad, cuantos la enseña  
de Pompeyo siguieron.»

*(A Antonio.)*

¿Perdurables  
los odios han de ser? Hasta las huellas  
quiero borrar de las pasadas luchas.  
El que en la cumbre del poder se venga,  
o de su propia fuerza desconfía,  
o no ha nacido para tal grandeza.  
No me hables de venganzas.

*(Dictando.)*

«Una vía  
abrir, que rompa la agria cordillera  
del Apenino, y desde el Tíber cruce  
al Adriático mar. -Roma decreta  
unir los mares Jónico y Egeo,  
cortando el istmo de Corinto. -Guerra  
declara Roma al Parto.»

ANTONIO

¡Eso me agrada!

CÉSAR, *dictando.*

«El dictador coronará la empresa  
al frente de las águilas romanas.»  
*(Dirigiéndose a Marco Antonio y dándole la mano.)*  
Tú me acompañarás. El ocio enerva,  
querido Antonio, tus antiguos bríos.  
Hasta tímido estás: curarte es fuerza.

ANTONIO

¡Tímido yo! Convoca las legiones:  
llévame pronto a la marcial pelea:  
dame que en franca lid, en campo abierto,  
llenando el aire bélicas trompetas,  
sobre mí solo rehilando caigan  
nubes de dardos que mis ojos vean.

¡Dulce y noble morir! Mas ¡oh! ¡qué es duro  
en voluptuosa estancia, donde humean  
pebeteros de Arabia, coronada  
de albas rosas la ungida cabellera,  
sobre tirios tapices reclinado,  
en alegre banquete, do se ostentan  
en fuentes de oro que el triclinio abruman  
y el fulgor de cien lámparas reflejan,  
ora humeante el jabalí de Umbría,  
cuya mole simétricos rodean  
rombos del Tíber, ostras del Lucrino,  
y de purpúrea túnica cubierta  
blanca langosta, y el pavón de Juno,  
que cual rey del banquete se presenta  
bajo el dosel que su rizada pluma  
de tornasoles fúlgidos despliega;  
ya las olivas que Tarento envía,  
las matizadas pomas de Pompeya,  
y destilando miel, rubios topacios,  
los dátiles de Siria; y cuando eleva  
el parásito Sergio, ya beodo,  
himnos a Baco, al son de las cadencias  
de música festiva, y yo en el seno  
reclinado de Cíteris mi bella,  
libo cien copas do espumantes hierven  
el falerno y el másico, y anhela  
más vida el corazón y más sentidos,  
para gozar cuanto la mente sueña!...  
¡Es duro, es duro que en tan dulce instante  
el epulón que a mis espaldas vela,  
guarde oculto puñal que en mis entrañas  
clave traidor con sobornada diestra!  
Morir quiero en la lid, no asesinado  
como en el ara víctima indefensa.

CÉSAR

¿Qué le importa morir en un banquete  
al que tanto un banquete le recrea?  
Entre todas las muertes, caro Antonio,  
prefiero yo la inesperada.

*Escena II*

CÉSAR, MARCO ANTONIO, LÉPIDO.

*(Lépido llega apresurado, con varios pergaminos en la mano.)*

LÉPIDO

¡Oh César!

Conspiran contra ti. Torpes libelos,  
en que tu honor y dignidad excelsa  
por el lodo se arrastra, en Roma corren.

Hacer odioso tu poder se intenta.

Mira: de Aulo Cecina es este, y éste  
de Pitolao, el cínico poeta.

*(Entrega a César los libelos. -César se sienta a leerlos.)*

Pues ese fruto tu bondad recoge,  
que la venganza a la bondad suceda.

Aquí del falso amigo que te vende  
verás el nombre; la denuncia es esta.

Para tramar conjuración traidora  
nocturnos conciliábulos celebran;  
tu salvación, la nuestra, la de Roma  
su sangre piden.

ANTONIO *(Mirando la denuncia.)*

¿Ves que mis sospechas  
confirmadas están? -Lépido, vamos,  
y que divida al punto su cabeza  
la segur del lictor. He aquí su nombre:  
¡Perezca Bruto!

CÉSAR

¡Bruto!... ¡Ten la lengua!

*(Se levanta y toma la denuncia.)*

¿Quién este escrito te entregó?

LÉPIDO

Un esclavo  
de Casio: Ennio se llama.

CÉSAR

Y ¿tiene pruebas  
de su vil delación?

LÉPIDO

Aquí al instante  
le haré traer.

CÉSAR

Detente.

LÉPIDO

En tu presencia  
revelará tal vez...

CÉSAR

Lépido, basta:  
nada quiero saber.

*(Rompe la denuncia.)*

ANTONIO

¡Bondad funesta!

CÉSAR, *dictando*.

«En Roma se conspira: hombres ingratos  
pagan así de César la clemencia.  
El dictador lo sabe; sabe el sitio,  
y los nombres también.»

ANTONIO

Y los condena...

CÉSAR

Nada más. -Este edicto se publique.

*(Da el pergamino a Lépido.)*

LÉPIDO

Y de Cecina y Pitolao ¿qué ordenas?  
En el pórtico están entre lictores.

CÉSAR

Al punto ve, y en libertad los deja.

LÉPIDO

¿Sin castigar su audacia?

CÉSAR

Que no escriba  
dí a Pitolao; que no nació poeta.  
Con todo, de estos versos miserables  
cuantos logres hallar recoge y quema.  
Pueden hacer fortuna: son muy malos.  
*(Los rompe.)*

Obedece. -Vosotros salid fuera.  
(*Los amanuenses se retiran.*)

*Escena III*

CÉSAR, MARCO ANTONIO.

CÉSAR

Dime: en el torbellino de esta vida,  
que entre lides de Marte, entre tormentas  
del foro, entre placeres del banquete,  
rápida a hundirse en el sepulcro vuela,  
¿no has dicho alguna vez: ¡Oh!, si a la muerte  
una parte de mí robar pudiera,  
parte que anime el alma que me anima,  
parte en que corra sangre de mis venas,  
en que viva yo propio, en que, a despecho  
de la implacable muerte, mi existencia,  
con mi nombre y mi gloria y mis virtudes,  
dilate en las edades venideras:  
un hijo, en fin?

ANTONIO

¿Un hijo? Nunca el cielo  
quiso que tales goces conociera.

CÉSAR

¡Por eso eres cruel! ¡Por eso vives  
tan sólo para ti! Tu amor no encuentra  
un corazón donde espaciar su fuego,  
y doquier rechazado, en ti se encierra.  
Odio o desdén te inspiran los mortales:  
en amor de ti mismo te deleitas,  
y de soñado riesgo a un leve indicio  
cien gargantas segar nada te cuesta.  
¡Alma infeliz, en soledad sumida!

ANTONIO

Pues tú, que ni a Calpurnia ni a Pompeya  
debiste nunca que a tu estéril lecho  
invocada Lucina descendiera,  
afianza tu poder; goza la vida  
que te otorguen los númenes, y deja  
que después de tu muerte cuiden ellos

de lo que a la República convenga.

CÉSAR

¿Qué es la vida que el cielo nos concede?  
¡Relámpago fugaz! ¿Acaso piensas  
que en los mezquinos lindes de mi vida  
mis pensamientos, mi ambición se encierran?  
¡Grande ambición, a fe! No, Antonio; mío  
es ya de Roma el porvenir: la herencia  
del vasto imperio que fundó mi espada,  
del mar de Luso a la remota Persia,  
reclama un sucesor.

ANTONIO

¿Y quién es ese?

CÉSAR

¿Quién, me preguntas? Quien mi sangre tenga.

ANTONIO

¿Tu sangre? De tu sangre hay sólo Octavio.  
¿Es ese el sucesor? Otros pudieras  
hallar de más valor, de más servicios,  
que de Roma y de ti más dignos fueran;  
no un rapaz enfermizo, que criado  
de su madre a la sombra, en las escuelas  
se escondió de Apolonia, huyendo el ruido  
de las batallas.

CÉSAR

Sin razón desprecias  
a mi sobrino Octavio. Si carece  
de marciales arrojos, de otras prendas  
descubro en él los gérmenes ocultos;  
prendas que acaso a la virtud guerrera  
venzan, Antonio, en la futura Roma,  
que ya en el mundo subyugado reina:  
perseverancia, astucia, disimulo,  
y así al mal como al bien alma dispuesta.  
No conoces a Octavio. Y yo en sus manos  
no dudara legar mi vasta empresa,  
si otro de más virtud, más caro a Roma  
y más caro a mi amor, no antepusiera.

ANTONIO

¡Otro! ¿Quién es, en fin?

CÉSAR

¿Quién es?... Escucha.

Cuatro lustros de edad contaba apenas,  
y contra Sila conspiraba entonces.

Él lo sabe y proscribió mi cabeza,  
diciendo, al sentenciarme, que veía  
muchos Marios en mí. La infausta nueva

me dan a tiempo que en la Vía Sacra  
vagando discurría: con presteza  
huyo al punto de allí, cien calles cruzo,

cuando al pasar delante de la puerta  
de humilde casa, una mujer distingo,  
que de la toga asiéndome con fuerza:

«Entra, me dice, ocúltate.» De un salto  
salvo el umbral: con ímpetu se cierra  
la puerta a mis espaldas; y guiado  
por aquella mujer, a una secreta  
estancia llevo donde entrar me manda,  
y «libre estás, me dice; pero piensa  
que al salvarte la vida yo aventuro  
la vida y el honor: calla y espera.»

Dijo y desapareció. -Te juro, Antonio,  
que aún hoy, tras tantos años, tantas guerras,  
siento un vivo placer al recordarlo.

Solo quedé y extático: la idea  
de mi riesgo olvidé: sólo la imagen  
noble, expresiva, candorosa, bella,  
de mi libertadora me ocupaba,  
y en mi pecho sentí que con violencia,  
de gratitud sobre la pura llama,  
lanzaba amor su abrasadora tea.

¿Que olvidé mi peligro, te decía?

Miento; que lo bendije. -En fin, secretas  
entrevistas, instancias, juramentos  
de constancia recíproca, y la fuerza  
del Destino, rindieron en mis brazos,  
tras larga lucha, su virtud severa.

De un duro hermano al vigilante celo  
temblaba la infeliz ver descubierta  
mi retirada estancia, que tan sólo  
a una esclava leal fió su lengua;  
y más temblaba que el morir, la mancha  
que arrojaba en un nombre que venera  
Roma y ensalza a par de las deidades,  
cual de rara virtud perfecto emblema.

Partir era forzoso, y una noche  
partí, dejé la Italia, marché a Grecia;  
y mientras lejos de mi patria andaba,  
la mujer cuya imagen llevé impresa,  
fruto de nuestro amor, dio a luz un hijo.

ANTONIO

¡Un hijo!... ¿Y vive?

CÉSAR

Vive. -La suprema  
autoridad entonces Sila abdica,  
y a Roma presuroso doy la vuelta.  
Nunca logré estrechar contra mi seno  
al hijo de mi amor, cuya existencia  
a costa de continuos sobresaltos  
pudo al mundo ocultar su madre tierna.  
Débil, sumisa, a un hombre que no amaba  
su duro hermano la ligó en mi ausencia.  
En las guerras de Lépido y Pompeyo  
su esposo pereció; y entonces ella  
mostró a la faz de Roma el tierno niño,  
como si fruto de su enlace fuera.  
¡Vive!... y del muerto esposo de su madre  
hijo se juzga, y hasta el nombre lleva.

ANTONIO

¿Y nunca tú le revelaste?...

CÉSAR

Nunca.  
Vive su madre, en la feroz escuela  
de su hermano educada, que blasona  
de su estoica virtud, y las flaquezas  
de nuestra frágil condición humana  
severa juzga y sin piedad condena.  
Árbitra del secreto, morir quiere  
con él; y en tanto, el que saber debiera  
de qué sangre ha nacido, fiel a un nombre  
que no es el suyo, seducir se deja  
por mis contrarios, y quizá ¡infelice!  
contra su mismo padre se rebela.

ANTONIO

No digas más: ¡es Bruto! ¡Le conozco!  
¡Por Hércules, mi abuelo! ¿Conque es esa

la gran Servilia, a cuyo solo nombre  
nuestras matronas frágiles se aterran?...

CÉSAR

¡Y qué!... ¿Con ellas confundir pretendes  
la que amó una vez sola... y amó a César?  
Este secreto, Marco Antonio, fíe  
a tu amistad: la fama se interesa  
de una mujer en él: nunca lo olvides.  
¿Faberio?...

*Escena IV*

CÉSAR, MARCO ANTONIO, FABERIO.

CÉSAR

¿Hay alguien que demande audiencia?

FABERIO

Cual de costumbre, aguardan tu permiso  
Publio Siro y Laberio.

CÉSAR

Entren.

FABERIO

La reina  
de Egipto espera que también...

ANTONIO

¡Cleopatra!

CÉSAR

¡Qué importuna!

ANTONIO

¡Importuna... y es tan bella!  
No así en Alejandría la juzgaste.

CÉSAR, *a Faberio.*

Dile que al cónsul Marco Antonio vea.  
(*A Antonio.*)

Tú la consolarás. Que deje a Roma.  
El Egipto reclama su presencia.

Dile que del caudillo aventurero  
el dictador del mundo no se acuerda.

ANTONIO  
¡Duro mensaje!

CÉSAR  
El mensajero es hábil.

FABERIO  
El Senado también verte desea.

CÉSAR  
¡El Senado! ¿Qué trae?

ANTONIO  
Muy de mañana  
deliberando estaba.

CÉSAR  
Alguna arenga  
que preparada Cicerón traería  
de su quinta de Túsculo. -La escuela  
del Senado es muy útil a la gloria  
y al esplendor de las romanas letras.  
Entren todos.  
(*Faberio los introduce.*)

*Escena V*

CÉSAR, MARCO ANTONIO, FABERIO, PUBLIO SIRO, LABERIO, CICERÓN,  
BRUTO, CASIO, CIMBRO, CASCA, DECIO, TREBONIO, CINA, SENADORES.

CÉSAR  
¡Salud, padres conscriptos!  
(*A Laberio y Publio Siro.*)  
Llegad vosotros, gloria de la escena.  
Espejo de las públicas costumbres  
son tus farsas, Laberio: no sospecha  
Roma que, cuando ríe al escucharte,  
de sí propia se burla.

LABERIO  
Nadie piensa

que está allí su retrato, y al vecino  
con maligno placer las culpas echa.  
Del pueblo es todo el mérito: yo escribo  
y nada más: él hace la comedia.

CÉSAR

Fácil lo juzgas, porque hacerlo sabes.  
¡Oh Publio Siro! -Si la vida nuestra  
es dolor y placer, entre vosotros  
dividís el imperio de la tierra.

*(A Laberio.)*

Tú mandas en la risa.

*(A Publio Siro.)*

Tú en el llanto.

¡Cuánto ayer te admiré! Vi al rey de Tebas,  
vi a Edipo, humano, generoso, altivo,  
salvador de su pueblo.

PUBLIO SIRO

Y ¿quién no acierta  
a pintar hoy en el teatro un héroe  
justo, clemente, grande? En Roma, ¡oh César!,  
hay un modelo que imitar.

CÉSAR

Vi al héroe;

mas no vi tanto al padre. Cuando estrecha  
contra su corazón el triste Edipo  
sus tiernos hijos por la vez postrera,  
no expresaba tu acento la amargura,  
el inmenso dolor en que se anega  
una alma paternal, a quien la suerte  
priva de un hijo y a vivir condena  
en dura soledad... ¡Oh Publio Siro!  
¡Tú no eres padre!

PUBLIO SIRO

¡El cielo no lo quiera!  
¡Esclavos son los hijos del esclavo!

CÉSAR

¡Esclavo tú!

*(A Bruto.)*

Pretor de Roma, llega:  
ejerce el más precioso de tus cargos:  
manumite al esclavo.

*(Bruto se acerca y toca con la vara en la cabeza a Publio Siro.)*

BRUTO

Libre quedas.

CÉSAR

Nobles desde hoy las artes liberales  
el Senado declara.

PUBLIO SIRO Y LABERIO

¡Gloria a César!

CÉSAR *(Dando a los senadores los pergaminos.)*

Esas leyes tomad: que en nombre vuestro  
se publiquen al punto.

CICERÓN

¿Y ya aquí puestas  
nuestras firmas están?

CÉSAR

Tú, retirado  
en tu quinta de Túsculo, te alejas  
de los negocios...

CICERÓN

¡Cierto! ¿Y tú te encargas  
de hacer las leyes?...

CÉSAR

Y la gloria es vuestra.

CICERÓN

¡Cierto! Por eso al campo me retiro  
a disfrutarla en calma. Y ¿no recelas  
que altere tu salud hacer tú solo  
lo que nuestra República modesta  
encomendaba a tantos: al Senado,  
al pueblo, al cónsul, al tribuno?...

CÉSAR

Velan  
por mi salud los dioses, y yo velo  
por la salud de Roma: nada temas,  
ilustre Cicerón.

CICERÓN

Y si te ayuda  
algún sabio varón, docto en las letras...  
Marco Antonio quizá...

*(Todos miran sonriendo a Antonio.)*

ANTONIO

¡Viejo insolente!  
Alguna vez me pagará tu lengua  
ese sarcasmo.

CÉSAR

¡Basta! Antonio sirve  
a Roma con la espada.

ANTONIO

Y lo que pesa  
la mía, ya en Farsalia lo probasteis;  
aunque no tanto como yo quisiera.

BRUTO

¿Quién lo estorbó? No fueron nuestros ruegos.

ANTONIO

Ni fue mi voluntad.

CICERÓN, *a César.*

Fue tu clemencia.

CÉSAR

Fue mi deber. La ingratitud de algunos  
provocó mi venganza; y en defensa  
de mi ultrajado honor, sangre romana  
en las batallas derramó mi diestra;  
mas después de obtenida la victoria,  
¡atroz barbarie derramarla fuera!  
No hay aquí vencedores ni vencidos:  
todos romanos somos. ¿Qué nos resta  
para mandar al mundo, senadores?  
Conquistar a los Partos, y la afrenta  
vengar de una derrota. Allí cautivos  
los soldados de Craso, a la cadena  
avezados de larga servidumbre,  
en torpe lazo conyugal, ¡oh mengua!,

a extranjeras esposas se han unido.  
Yo lavaré esa mancha: las enseñas  
de Roma, en breve tiempo victoriosas,  
alzaré en las murallas de Selcucia.  
Mis tareas por hoy, en bien de Roma,  
terminadas están: decid las vuestras.

*(Se sienta.)*

CICERÓN

También en gloria de la patria han sido,  
pues en tu gloria son. Escucha, ¡oh César!  
*(Leyendo.)*

«El senado sagrada tu persona  
desde hoy declara: colocar ordena  
a par de la de Júpiter tu estatua,  
alzada sobre el globo de la tierra.  
Templo y aras tendrás, y andas y palio,  
y silla de oro y lupercales fiestas.  
El quinto mes, en gloria de tu nombre,  
Julio se llamará; y en fin, decreta  
que siempre lleves a tu sien ceñido  
el dorado laurel que te presenta.»

*(Se lo ofrecen.)*

CÉSAR, *levantándose.*

¿Y para esto se juntó el Senado?  
¿Y así malgasta en fútiles tareas  
días preciosos que a aliviar los males  
del triste pueblo consagrar debiera?  
Sabias leyes traed; no vanas honras,  
que excesivas son ya. De todas ellas  
este laurel es lo que más me agrada.  
Lo acepto, porque oculte en mi cabeza  
este ultraje que debo, no a los años,  
sino a la ruda militar faena  
y al continuo ludir del férreo casco,  
ocho lustros ceñido.

*(Se pone el laurel.)*

CASCA

¡A ti encomiendan  
los altos dioses la salud de Roma;  
y a nosotros honrarte!

DECIO

¡Y no hay ofrenda  
que a honrar alcance al semidiós del Tíber!

CIMBRO

Admítelas: la patria te lo ruega.

CASIO

Y en nombre suyo los romanos todos.

LOS SENADORES

¡Todos, sí!

BRUTO

¡Todos, no! -¡Sombra severa  
del gran Catón, consuélate! Respiran  
dos romanos aún: yo, que a esas muestras  
de adulación me opuse en el Senado.

CÉSAR

¿Quién es el otro?

BRUTO

Tú, que las desprecias.

CÉSAR

¡Alma romana, ven! -Dejadme todos.

*(Todos se retiran.)*

*Escena VI*

CÉSAR, BRUTO.

CÉSAR

Tú me comprendes, Bruto: no desea  
adulación servil el alma mía.  
¿Por qué el único labio en que resuena  
la voz de la verdad, con tal desvío,  
con tal ingratitud de mí se aleja?  
Por la gloria de Roma he combatido:  
a su dicha desde hoy mi vida entera  
pretendo consagrar. Habla: tú eres

el ídolo del pueblo: sus querellas  
cuéntame tú; satisfacerlas quiero  
por tu mano. ¿Qué pide? ¿Qué desea?

BRUTO

De ti, sólo una cosa.

CÉSAR

¿Cuál?

BRUTO

Que abduques  
el supremo poder. -Pues tanto anhelas  
que llegue la verdad a tus oídos,  
a decírtela vengo; y no pudiera  
Bruto corresponder más noblemente  
de tu cariño a las continuas muestras.  
César: cuando en los siglos venideros  
la historia de tu vida el mundo lea,  
tus triunfos increíbles, tus conquistas,  
tus hazañas sin cuento, tus proezas  
en el Nilo, en el Rhin y el Océano,  
tu gloria, tu fortuna, tu clemencia,  
llenarase de asombro. Si ese asombro  
quieres que en alabanza se convierta,  
corona ya tus hechos inmortales  
con un hecho que a todos obscurezca:  
volviendo a Roma sus antiguas leyes  
y su antigua República. -Contempla  
que las victorias atribuirse pueden  
tal vez a la fortuna; mas la empresa  
de dar a un pueblo libertad es sólo  
obra de la virtud. Acción tan bella,  
mejor que triunfos bélicos, tu fama  
sobre cimientos sólidos eleva.

CÉSAR

¿Qué libertad me pides, triste Bruto?  
¿Qué libertad para tu patria sueñas?  
¿La que gozaba Roma cuando, iguales  
todos y todos pobres, las faenas  
del campo eran su oficio? ¿Cuando el cónsul,  
cumplido el año, la segur depuesta,  
bajaba en paz del alto Capitolio,  
tornando ufano a manejar la esteva?  
No es esta aquella Roma: las conquistas

vertieron en su seno las riquezas  
del subyugado mundo, y con el oro  
la ponzoña que corre por sus venas.  
El rico fue tirano; esclavo el pobre:  
¡la libertad murió! Turbas hambrientas,  
tendidas en los pórticos, aguardan  
los desperdicios de opulenta mesa;  
y el libre voto, que a los altos puestos  
de la suprema dignidad eleva,  
a precio vil en los comicios venden.  
Roma degenerada se prosterna  
a las plantas de Mario, o bajo el hacha  
de Sila tiende la servil cabeza.  
¿Y en tales manos su salud, su gloria  
pudiera yo fiar? Bruto, desecha  
tu mentida ilusión; los ojos abre:  
mira a Roma cual es, y no cual era;  
y ambos, desde hoy unidos, procuremos,  
pues libre no ha de ser, que feliz sea.

BRUTO

No puede ser feliz un pueblo esclavo.

CÉSAR

No es esclavo por mí; para él cadenas  
mis bondades no son.

BRUTO

¡Ah, tus bondades!  
¡Esas son a la patria más funestas  
que los suplicios del sangriento Sila!  
Si desoyes mis ruegos; si te empeñas  
en ser tirano, imítale: derrama  
nuestra sangre a torrentes; quizá al verla,  
de su letargo despertando Roma,  
se alce al fin contra ti. Mas ¡oh! con esa  
bondad inicua acariciando al pueblo,  
¡pérfido!, a amar su esclavitud le enseñas.

CÉSAR

No le hice esclavo yo.

BRUTO

¿Pues quién?

CÉSAR

Sus vicios.

BRUTO

Esos vicios, que hipócrita lamentas,  
con el ejemplo combatirlos debes.  
Dalo el primero tú; la noble empresa  
digna de César es. Abdica, abdica  
el supremo poder; y ante la fuerza  
de esa heroica virtud, verás que Roma  
asombrada se postra y te venera,  
no como a dictador, mas como a numen.

CÉSAR

¡Es tarde ya!

BRUTO

¡No es tarde! Te lo ruega  
Bruto, y cae a tus plantas. ¡Por la patria,  
por tu gloria inmortal, abdica, oh César!

CÉSAR

¿Qué pides, infeliz? Si yo abdicase,  
¡ay de la patria!

BRUTO

¡Basta! -No hay en ella  
más que un romano ya, que avergonzado,  
de ti y de Roma con horror se aleja.

*(Se va.)*

*Escena VII*

CÉSAR

¡Sublime indignación! ¡No sufre dueño!  
Veo mi sangre en él: ¡hijo es de César!

## ACTO SEGUNDO

*En casa de Bruto. -Una lámpara encendida.*

*Escena I*

SERVILIA, LICIA.

*(Ambas están sentadas.)*

SERVILIA

¡Tus párpados se cierran, pobre Licia!  
¿Por qué te obstinas en velar? Descansa:  
retírate a tu lecho.

LICIA

¿Será justo  
que tu esclava repose, y solitaria  
esperes tú?

SERVILIA

Yo espero al hijo mío.  
¡Con bien los dioses al hogar le traigan!

LICIA

Contigo esperaré. ¿Te aflige acaso  
triste presentimiento? ¿Por qué causa  
en perpetuos temores te consumes?  
Bruto es de Roma el ídolo: le ama  
el dictador.

SERVILIA

¡Y él huye de su vista!

LICIA

¿Huye de César Bruto? ¡Oh cielo! ¿Y nada  
le dice el corazón?

SERVILIA

¡Licia!

LICIA

No temas:  
nadie nos oye aquí.

SERVILIA

¡Yo te oigo; y basta!

LICIA

¿Y qué podrás oír del labio mío  
que en justa admiración, en alabanza

de tu virtud no sea? ¿Quién en Roma  
no respeta tu nombre? ¿Quién tu casa  
no mira como un templo, donde el genio  
del severo Catón vive en su hermana?

SERVILIA

Él desde las mansiones de los justos  
ha visto el crimen ya, que mi falacia  
supo ocultarle aquí. Su voz escucho  
que me grita: «¡Impostora! ¿Por qué engañas  
al mundo así con tu virtud mentida?  
¡Tiembla que un día de tu rostro caiga  
esa máscara vil! ¡Ay de ti entonces!  
Y ¡ay de tu hijo!» -¡Bárbara amenaza  
que sin cesar me aterra!

LICIA

¿Y cómo puede  
cumplirse nunca?, di. ¿Depositaria  
no soy yo sola del secreto?

SERVILIA

¡Sola!

LICIA

Pues qué, ¿recelas del que pruebas tantas  
te da de su respeto? Desde el punto  
que, mal tu grado, en las nupciales aras  
fe juraste a un esposo, ¿cuándo César  
osó manchar de tu virtud la fama  
con indiscreto labio, ni a tus ojos  
siquiera presentarse? Y el que ahogaba  
en la fogosa edad de las pasiones  
con tal nobleza su celosa rabia,  
hoy que la gloria y la ambición tan sólo  
llenar su pecho, ¿mancillar osara  
tu nombre? ¡Ah!, no lo temas.

SERVILIA

¡Eso mismo  
me hace temerlo! ¡Ah, Licia! ¡Cuál te engañas!  
Lo que el obscuro César nunca hiciera,  
César el dictador quizá lo haga;  
que en su ciega ambición los poderosos  
razón de estado a los delitos llaman.  
¡Mi vida es un suplicio! Cuando César

a Bruto mira, me estremezco, ¡y tanta,  
tan congojosa es mi inquietud, que tiemblo  
si le aborrece, y tiemblo si le ama!

LICIA

¡Modera tu aflicción! No anticipado  
llores al menos un peligro...

SERVILIA

¡Calla!  
¡Pasos oigo en el atrio! -¡Él es!

LICIA

¿Tu hijo?

SERVILIA

A su esclavo prevén: y tú a mi estancia  
vete, y aguarda allí.

*(Se va Licia.)*

Sólo su vista  
un breve instante mis dolores calma.

¡Hijo mío!

*(Dirígese a la entrada: preséntase César.)*

*Escena II*

SERVILIA, CÉSAR.

CÉSAR

¡Dichosa tú, que puedes  
tan dulce nombre pronunciar!

SERVILIA

¡Helada  
mi sangre está! -¡Tú aquí!... ¿Qué buscas?

CÉSAR

Busco,  
no a la que en otro tiempo aquí buscaba,  
misterioso, furtivo, devorado  
de juvenil amor: no a la que el alma  
en vivas ilusiones encendía,  
que la ausencia, la edad, el tiempo apagan;  
no a la amante de César: ¡busco ahora

a la madre de Bruto!

SERVILIA

Penetrada

de gratitud la encuentras por los dones  
que en él tu mano liberal derrama.

CÉSAR

Otros mayores ofrecerle quiero.

SERVILIA

¿A Bruto?

CÉSAR

A nuestro hijo.

SERVILIA

¡Oh cielos!... ¡Calla!

CÉSAR

¿Callar? ¡Si vengo a que lo sepa Roma!

SERVILIA

¿Contra mi voluntad?

CÉSAR

Por respetarla,

¿sabes tú la violencia, el sacrificio  
que me impongo años ha? Por ti en Farsalia  
sufrí que Bruto en el opuesto bando  
lidiase contra mí. Desbaratada  
la hueste de Pompeyo, a las legiones  
que sobre ella con furia se lanzaban:  
«¡Perdón, grité, no los matéis, traedlos  
vivos a mi presencia!» Y mis miradas  
en cada cuerpo exánime creían  
su cadáver hallar. -Vuelto a la patria,  
por ti sufriendo estoy que a mis favores,  
a mi tierna afición, a mis instancias,  
a mi solicitud oponga siempre  
cruel desvío, indiferencia helada.

Mil veces, al hablarle, ya el secreto  
sentí asomar al labio; y otras tantas,  
por ti, por tu respeto, en lo más hondo  
de mi pecho infeliz lo sepultaba.  
Llegó tu vez, Servilia: un hijo tienes.

Yo hasta ahora a esa fama que idolatras  
sacrifiqué mi amor: a ti te toca  
hoy a su amor sacrificar tu fama.

SERVILIA

Llegó mi vez; lo veo. ¡Y yo he creído  
en tu respeto! ¡Necia! ¿Qué esperanza  
pude nunca fundar en quien de Roma  
no respetó la majestad sagrada?  
¡Fatal a Roma y a Servilia fuiste!  
¡A tu violencia, a tu pasión tirana  
sucumbimos los dos!

CÉSAR

¡Ambas me amasteis!

SERVILIA

¡Ah! ¡Y este premio a nuestro amor guardabas!  
¡A Roma la opresión: a mí el oprobio!  
Si de ese modo a tus amigos pagas,  
¡qué harás con tus contrarios!

CÉSAR

Lo estás viendo.  
Perdonarlos, volverlos a la patria  
y a la silla curul: dejar que libres  
conspiren contra mí, y acaso el alma  
emponzoñen de Bruto. ¡Y tú lo sabes,  
Servilia, y lo consientes! ¡Esa rara  
virtud no se horroriza de que un hijo  
al que le ha dado el ser tienda asechanzas!

SERVILIA

¡Nunca tal intentó! Bruto, heredero  
de la virtud que le inspiró en su infancia  
el sublime Catón, el fin lamenta  
de la antigua República, y en alta  
voz, a la faz de Roma, a par que justo  
tu bondad, tu valor, tu genio ensalza,  
con dureza inflexible, no lo niego,  
tu usurpación condena. Y tú le amas  
quizá por eso mismo; porque admiras,  
porque envidias en él la pura llama  
de patrio amor; porque en su noble pecho  
asombrado contemplas cuál se hermanan  
el alto genio de su heroico padre

y la virtud de su materna raza.  
Mas, al odiar tu usurpación, aún siente  
por ese pueblo que a tus pies se arrastra,  
mayor desprecio, y de su vil contacto  
en los lares domésticos se aparta.  
Aquí corre su vida; y yo dichosa  
gozo el amor, que entero me consagra.  
¡Ah! Si en tu corazón... si en tu memoria  
vive el recuerdo de la edad pasada;  
si la mujer que te salvó la vida,  
y se perdió salvándote, una gracia  
tiene derecho a demandarte; ¡César!...  
¡No la arrebatas su serena calma!  
¡No me arrebatas el amor de Bruto!  
Sabedor de mi culpa, no alcanzara,  
ante el rigor de su tremendo fallo,  
ni aun su madre perdón. A ti te bastan  
para llenar tu corazón la gloria,  
los triunfos, el poder, Roma, la Italia,  
el mundo entero, que de ti, en retorno  
de tanta sumisión, su dicha aguarda.  
Yo la aguardo también. Por ti de Bruto  
seré madre feliz. Si a ti te halaga  
tan dulce nombre, conquistarlo puedes:  
haz que te llamen padre de la patria.

CÉSAR

¿Y tú te llamas madre? ¿Y tú imaginas  
que eso es amar a Bruto? No: te engañas.  
Tú no amas a tu hijo.

SERVILIA

¿No le amo?

CÉSAR

Te amas a ti. Por conservar intacta  
esa opinión en que tu orgullo goza:  
porque tu vida obscura y solitaria  
sus encantos no pierda, a Bruto quieres  
en ella consumir, cortar las alas  
a su impetuoso genio, de su padre  
ahogar las halagüeñas esperanzas,  
y lo que es más, el porvenir de Roma.

SERVILIA

¿De Roma?

CÉSAR

Sí, de Roma. Óyeme: falta  
una empresa a mi plan: vencer al Persa;  
y a acometerla voy. En las batallas,  
por vez primera la fortuna instable  
me puede abandonar; y antes que parta  
quiero a la faz del pueblo y del Senado  
nombrar mi sucesor.

SERVILIA

¡Oh cielos!

CÉSAR

¡Ardua  
resolución, si el misterioso Numen  
que a César juzga y su designio ampara  
no le otorgase por fortuna un hijo  
digno de tanto honor!

SERVILIA

¿Y qué? ¿No basta  
a abonar tu elección su nombre solo,  
su inmaculado nombre? ¿Quién osara  
con Bruto competir? Pueblo y Senado,  
los patricios, la plebe, cuantos aman  
el bien de Roma, todos a porfía  
lo aceptarán con júbilo. ¿Qué falta  
hace a tu noble fin que mi vergüenza  
corra de boca en boca? ¿Qué inhumana  
razón te impele a decretar la gloria  
del hijo mío, a precio de mi infamia?  
¿Por qué tanta ventura... y tanto oprobio?  
Elige a Bruto; y mi secreto calla.

CÉSAR

Eso no. Pues te obstinas, yo te juro  
que callaré; mas pierde la esperanza  
de que a Bruto designe, si hijo mío  
no le puedo llamar. La soberana  
dignidad, que a una voz Senado y pueblo  
a conferirme van, hereditaria  
será desde hoy; mas sólo en el que tenga  
sangre de César. -¿Tú gloria tan alta  
robarle quieres?

SERVILIA

¡Mas del hijo mío  
el origen manchar!...

CÉSAR

¿Cuál es la mancha?  
No de torpe adulterio es hijo Bruto:  
libres eran sus padres; y hoy en casta  
unión esposos fueran, si el mandato  
de tu hermano feroz no lo estorbara  
y tu debilidad. -¡Servilia!, ¿quieres  
más? Más haré. -Ante Roma todo calla.  
Repudiaré a Calpurnia: soy tu esposo.

SERVILIA

¿Otra víctima? No.

CÉSAR

¿No eres hermana  
tú de Catón, del héroe que con noble  
y ciego error sacrificó en las aras  
de la patria su vida? Menos grande  
sacrificio te pide, ¿y lo rechazas?  
Bien: tu secreto morirá conmigo;  
y otro será...

SERVILIA

¿Qué dices? ¿Otro?...

CÉSAR

¡Acaba!  
Despierta esa virtud. Toma: este escrito  
es la revelación: tu firma falta.  
(*Le da un pergamino.*)  
Va a juntarse el Senado: ¡piensa en Bruto!  
¡Piensa en Roma! Pronuncia una palabra;  
y la dicha de Bruto harás cual madre,  
y la dicha de Roma cual romana.  
(*Se va.*)

*Escena III*

SERVILIA.

Catón... mi hermano... su preciosa vida

supo inmolar en aras de la patria.  
La patria era su amor: mi amor es Bruto.  
Aquí está mi sentencia. ¡Desgraciada!  
¡Ni a la virtud ni al crimen pertenezco!  
Un Dios, adverso a Roma y a mi raza,  
por instrumento designarme quiso  
de la ruina y del baldón de entrambas...  
Ese implacable Dios fue quien mis pasos  
encaminó al umbral de esta morada  
en aquel día de fatal memoria.  
Él quien ardió improvisa en mis entrañas  
la compasión que libertó al proscripto.  
Él quien después, en aparente calma,  
me dio a gozar en la filial ternura  
el sublime placer que hoy me arrebató.  
¡Numen inexorable! ¿No ha bastado  
a desarmar tu vengativa saña  
la pura sangre en Útica vertida,  
y mi existencia entera consagrada  
a llorar mi delito? ¿Qué me pides?  
¿Que ose yo misma revelar mi infamia  
a Roma... a Bruto? ¡Ah! ¡Nunca! ¡Eso no puedo!  
¡A tanto esfuerzo mi virtud no alcanza!  
¡Él es!

*(Viendo llegar a Bruto.)*

#### *Escena IV*

SERVILIA, BRUTO.

BRUTO  
¡Madre, salud!

SERVILIA  
¡Cuánto has tardado!

BRUTO  
En el Pretorio fatigosa y larga  
la audiencia ha sido.

SERVILIA  
Inquieta me tenías:  
ven y en mis brazos de tu afán descansa.

*(Abrazándole.)*

¡Noble afán! Por tu boca la impasible  
Temis dicta sus fallos.

BRUTO

¡Su balanza  
nunca torcí!

SERVILIA

¡Ni tuvo nunca Roma  
pretor más justo! Entre mercedes tantas  
como César te otorga, ésta sin duda  
fue la más digna.

BRUTO

¡Todas las trocara  
por la que hoy le pedí!

SERVILIA

¿Tú le has pedido  
una merced?

BRUTO

¡Echándome a sus plantas!

SERVILIA

¿Tú?

BRUTO

¡Yo!

SERVILIA

¿Y la niega?

BRUTO

¡Y para más vergüenza,  
acaso con razón! -No se levanta  
un tirano jamás donde no hay siervos,  
ni jamás de rodillas se demanda  
la libertad. Me la negó: ¡bien hizo!

SERVILIA

¿Y esa fue la merced?

BRUTO

¡Sueños que pasan

por mi mente febril!

SERVILIA

No desesperes.

Roma esta vez no gime bajo el hacha  
del rudo Mario o del demente Sila.

No es César opresor; de la usurpada  
autoridad no abusa: sus afanes  
al bien de la República consagra.

Tú lo sientes así; yo de tu labio  
mil veces escuché sus leyes sabias  
y su genio admirar. No desesperes.

Y pues por senda de clemencia marcha,  
sabio y justo, dejémosle, hijo mío,  
al término llegar. -Dicen que al Asia  
corre a nuevas conquistas. -¡Si por dicha  
meditase, al partir, dejar a Italia  
en muestra de su amor... cuanto pudiera  
su esperanza colmar!...

BRUTO

¡Vana esperanza!

No lo hará, no lo hará. ¡Si en torno suyo,  
aunque su noble instinto le dictara  
tan generosa acción, no ven sus ojos  
sino lisonja, servidumbre, infamia!

SERVILIA

¿En todos, hijo?

BRUTO

En todos. ¡Y aun hay lengua  
entre esa muchedumbre degradada  
que se atreva cobarde al nombre mío!  
¡Hay quien su ilustre descendencia clara  
ose a Bruto negar!

SERVILIA

¿A ti? ¿Quién, hijo?

BRUTO

En este escrito...

SERVILIA

¡Oh cielos!

BRUTO

Que ora acaban  
de arrojarme a la silla del Pretorio.

SERVILIA

¡Ese escrito! ¿Y qué dice?...

BRUTO

Estas palabras:  
«¿Duermes, Bruto? ¡En verdad, tú no eres Bruto!»

SERVILIA

¿Qué más?

BRUTO

No más.

SERVILIA

¡Ah!

BRUTO

Todo cuanto alcanza  
el antiguo valor de los romanos,  
helo aquí. Digo mal: de tanta hazaña  
pocos fueran capaces. Este solo,  
que tal escrito en las tinieblas traza  
con temblorosa mano, este es un héroe.  
¡Me asombra su valor! ¡Éste aventaja  
a todos en virtud! El desdichado  
siente siquiera la coyunda, y clama  
porque amparo le den. Pronto me tiene.  
Mas ¿dónde están los que lo piden? ¡Salga  
el pueblo de Quirino: verá entonces  
si duerme Bruto, y si en sus venas guarda  
sangre de aquel varón que, por la hermosa  
libertad, de sus hijos las gargantas  
impávido segó!

SERVILIA

¡Qué horror! ¡Detente!  
¿Fueras capaz?...

BRUTO

¿Y de Catón la hermana  
me lo pregunta? Madre, ¿no aprendiste  
que hijos, padres, hermanos, a la patria

todo se sacrifica? ¿No darías  
tú por su bien tu vida, tu honra y fama,  
y hasta tu hijo? -¡Si capaz no fueras  
de tal virtud, por madre te negara!

SERVILIA

Lo seré, lo seré: ni tú por madre  
me negarás, ni Roma por romana.  
Digna me juzgo, y a la vez indigna,  
de ti y de Roma. Mi flaqueza es causa  
de vergüenza, lo sé; mas hoy los Dioses  
quieren por dicha hacer que de ella nazca  
la grandeza de Roma y tu grandeza.  
Si me has pagado con ternura tanta  
un estéril amor, cuando se eleve  
hasta la heroica abnegación, ¿tu gracia  
me negarás?

BRUTO

¿Qué dices?

SERVILIA

Que la sangre  
que circula en tus venas, hoy te llama  
a inesperado honor...

BRUTO

Habla: de Bruto  
la sangre siento en mí: ¡no la trocara  
por la del Dios que en el Olimpo reina!

SERVILIA

¡Hijo! ¡Esa sangre!...

BRUTO

¡Di!...

SERVILIA, *aparte*.

¡No puedo! -¡Oh patria!  
¡Perdón, perdón!... y déjame ser madre  
un día más... -¡Se lo diré mañana!

*(Se va apresurada.)*

*Escena V*

BRUTO.

¡Huye de mí sin explicarse! -¡Cielos!  
¿Qué me ha dado a entender con sus palabras?  
¿También mi madre a recordarme viene  
lo que debo a mi sangre? ¡Hasta una flaca  
mujer me acusa! ¿Cómo es esto, Bruto?  
¿Será cierto que duermes? ¿Ofuscada  
está tu mente?, ¿sordos tus oídos?,  
¿ciegos tus ojos? -¡No!

*Escena VI*

BRUTO, CASIO.

CASIO, *aparte*.

¡Solo se halla!

BRUTO

¿Quién llega?

CASIO

¡Salud, Bruto!

BRUTO

¡Salud, Casio!

CASIO

Ese acento me dice cuánto extrañas  
mi presencia en tus lares.

BRUTO

Me sorprende  
con razón: años ha que la palabra  
no cruzamos tú y yo.

CASIO

Me hirió que César  
te antepusiese en la Pretura urbana.

BRUTO

Negar debiste la palabra entonces  
a César y no a mí.

CASIO

César obraba  
según su ley; como opresor. -Tú, Bruto,  
que desde el punto mismo en que postrada  
Roma cayó a sus pies, objeto has sido  
de su predilección, de su privanza:  
tú, que de tus antiguos compañeros  
desde aquel día con desdén te apartas,  
y en tu largo aislamiento desconoces  
a Roma ya, ¿qué mucho si te tratan  
los cobardes, los tibios con reserva,  
y los altivos con rudeza franca?

BRUTO

Esa amistad que el dictador me otorga,  
nunca la mendigué; nunca su casa  
hollé una vez, sin que en mi boca oyese  
la voz de la verdad. Quizá le agrada  
por peregrino y nuevo mi lenguaje,  
y la servil adulación le cansa.  
Hoy lo has visto. El Senado, ¡oh vilipendio!,  
el Senado de Roma, un Cimbro, un Casca,  
un Decio, un Cicerón. -Casio, ¿qué mucho  
si de ellos Bruto con desdén se aparta?

CASIO

Ese frío desdén, que a tu silencio  
de sumisión las apariencias daba,  
es la sola ocasión de esa flaqueza  
que condenando estás. Tú eres la causa  
del desaliento universal. Mirando  
a Bruto sucumbir, ¿quién no desmaya?

BRUTO

Y porque Bruto sucumbiera, ¿todos  
le debierais seguir? ¿Bruto es la patria?  
¿De mi ejemplo os guiáis? Y por ventura,  
¿os mandé yo que al dictador llevarais  
los divinos honores, que con noble  
altivez rechazó? ¡Cuál se elevaba  
sobre vuestra bajeza su desprecio!  
¡Ah! ¡Si algún día vemos restaurada  
la libertad en Roma, de él lo espero,  
de un generoso arranque de su alma:  
no de vosotros, no!

CASIO

Ni de nosotros  
ni de él lo espera Roma: su esperanza  
en ti la tiene.

BRUTO

¿En mí?

CASIO

Yo en nombre de esos  
que con dureza tal tu labio infama,  
a hablarte vengo. -Bruto, nuestra duda  
se disipó; te conocemos: falta  
que nos conozcas tú. -Como se esconde  
en el inerte pedernal la llama,  
fuego de libertad en Roma hierve:  
¡toque el acero, y la centella salta!

BRUTO

Casio, ¿lo crees así?  
(*Echan de fuera un pergamino.*)  
¿Qué es esto?

(*Leyendo.*)

«¿Duermes,  
Bruto? ¡Duermes; y Roma gime esclava!»  
¡Otra vez!

CASIO

¿  
Qué te admira? Ese es el grito  
que suena en la ciudad; eso en voz baja  
por millares de labios se murmura;  
todos a ti se vuelven: sus miradas  
todos fijan en ti; ¡tú no respondes!  
Y el dolor, el despecho nos arrastra  
a un sacrificio heroico. -Cual Virginio,  
para excitar la popular venganza,  
mató un día a su hija; así nosotros,  
alzando al opresor templos y estatuas,  
matamos nuestra honra: ¡a ver al menos  
si de vergüenza Roma se levanta!

BRUTO

La vergüenza no engendra el heroísmo.

CASIO

Te ha despertado a ti, y eso nos basta.

BRUTO

Yo no dormía; la dormida es Roma;  
más que dormida: ¡muerta!

CASIO

¿Y si te engañas?

BRUTO

¡Plegue al cielo!

CASIO

Los juegos lupercales  
mañana son: ¿irás?

BRUTO

Iré.

CASIO

¡Mañana  
renace la República! -¡En el foro  
Roma viva y despierta a Bruto aguarda!

### ACTO TERCERO

*El Foro de Roma. -Las estatuas. -La tribuna con la silla de oro. -En el fondo se divisa el Capitolio: a su derecha la roca Tarpeya, y a su izquierda el templo de Júpiter Capitolino. -Casas, templos y avenidas a un lado y otro de la escena. A la derecha del actor, en primer término, la casa de Marco Antonio, magnífico palacio con pórtico y escalinata de mármol.*

#### *Escena I*

*Grupos de CIUDADANOS en la plaza; muchos de ellos recostados en la escalinata de la casa del cónsul. -Sale de ésta el esclavo ENNIO, y baja las gradas con dificultad, por estorbárselo los que están allí echados.*

UN CIUDADANO

No me pises la toga.

OTRO  
Esclavo, mira  
dónde pones los pies.

ENNIO  
No dejáis trecho.

CIUDADANO  
Pues no se pasa.

ENNIO  
Mi señor me espera;  
es Casio el senador.

CIUDADANO  
Y yo soy Elvio,  
ciudadano romano.

OTRO  
¿Te figuras  
que aún los patricios nos imponen miedo?

ENNIO  
No he dicho tal.

CIUDADANO  
Pasó su tiranía.  
OTRO César domó su orgullo.

ENNIO  
Es cierto, es cierto.

CIUDADANO  
Todos iguales somos. -Pasa, esclavo.

ENNIO  
¡Perdonad, perdonad!  
(*Baja las gradas.*)

*Escena II*

DICHOS, CASIO, *luego* LOS ESCLAVOS.

CASIO

¿Por qué a mi siervo  
amenazáis?

UN CIUDADANO

Porque enseñar conviene  
a algunos que lo olvidan el respeto  
que al pueblo se le debe.

CASIO

Bien hicisteis:  
y si otra vez lo olvidas, harás, Ennio,  
que te lo acuerde el látigo.

ENNIO, *arrodillándose.*

¡Perdona,  
señor!

CASIO

¡Levanta!

*(Aparte.)*

¡Qué insolente pueblo!

*(Apartándose con el esclavo.)*

Habla con disimulo. ¿Qué quería  
Marco Antonio de ti?

ENNIO

Que esté en acecho  
de tus pasos, y a él sólo mis denuncias  
comunique, guardando este secreto  
de Lépido y de todos.

CASIO

Quiere él solo  
saber lo que se trama. Ya penetro  
su intención. -Bien está: vete al Pretorio.  
Allí Bruto estará: busca un momento,  
y como hiciste ayer, con maña arroja  
este escrito a su silla, y vuelve luego.  
*(Le da un pergamino. -Se va Ennio.)*  
¿Con qué motivo al pórtico del cónsul  
corre la muchedumbre?

CIUDADANO

Hoy son los juegos  
lupercales.

CASIO

Lo sé.

CIUDADANO

Con un banquete  
festeja Marco Antonio a sus lupercos,  
la flor de Roma, que en honor de César  
ese rito consagran.

CASIO

¿Y los restos  
del banquete aguardáis?

CIUDADANO

Y la esportilla  
verás cuán llena de manjares llevo.

CASIO

¡Y así vives feliz!

CIUDADANO

De balde como:  
pilas de jaspe en que bañarme tengo  
cuando el ardor canicular, y estufas  
donde burlar los fríos del invierno;  
fieras y gladiadores en el circo;  
en el teatro farsas de Laberio:  
y luego al fin del año en los comicios  
al que me da más suma el voto vendo.  
¿No he de vivir feliz? Cuando el reparto,  
me dio César un campo; pero presto  
me cansé de labrarlo; que a esa vida  
este bullir de la ciudad prefiero.  
Conque vendí mi campo y volví a Roma.  
En la Suburra habito.

CASIO

¿Y qué es del precio  
que te dieron por él?

CIUDADANO

Me lo he comido.

CASIO

¿Y ya no tienes campo ni dinero?

CIUDADANO

¡Qué importa! ¡Tengo a César! Mientras viva,  
ni al frío, ni al calor, ni al hambre temo.

*(Aparecen en lo alto del pórtico los esclavos con fuentes de oro, unas que contienen restos de jabalíes, de pescados, de pavos reales, otras con diversas frutas, todo lo cual van distribuyendo a los ciudadanos, que al verlos aparecer, se han agolpado a la escalinata.)*

EL ESCLAVO

¡Ciudadanos! El cónsul os saluda,  
y esto os envía en prueba de su afecto.

LOS CIUDADANOS

¡Viva Antonio!

CASIO, *aparte*.

¡Aplaudid! En el banquete  
que os he de dar, con vuestro aplauso cuento.

UNO

¡Venid acá!

OTROS

¡Nosotros somos antes!

OTROS

¡Los que han tomado ya, dejen el puesto!

EL ESCLAVO

Para todos habrá.

UNO

Yo fui soldado.

OTRO

Y yo estuve en Farsalia.

OTRO

Con Pompeyo.

OTRO

Yo serví con Antonio.

OTRO

En los comicios

yo mi voto le di.

OTRO

Por cien sestercios.

Yo le voté de balde: abridme paso.

*(Aparecen en el vestíbulo los lictores y grita su jefe Valerio:)*

VALERIO

¡El cónsul! ¡Plaza al cónsul!

UN CIUDADANO

¿Yo me quedo  
sin comer?...

EL ESCLAVO

Ya no hay nada.

VALERIO

¡Plaza al cónsul!

*(Abren paso y bajan por la escalinata. -Detrás de ellos viene Marco Antonio seguido de los jóvenes lupercos.)*

*Escena III*

CASIO, MARCO ANTONIO, LOS LUPERCOS, EL PUEBLO, VALERIO,  
LOS LICTORES.

EL PUEBLO

¡Viva Antonio!

ANTONIO

¡Por Hércules, mi abuelo!

¡Gran banquete! Si todos los romanos  
aquí se juntan, para todos tengo.

UN CIUDADANO

No para todos.

ANTONIO

¿Cómo no?

CIUDADANO

Aquí hay uno:

para mí no alcanzó, y estoy hambriento.

ANTONIO

¿Tienes hambre? ¡Te envidio! -Haced que coma este buen ciudadano.

*(El ciudadano sube al pórtico, y el esclavo se lo lleva dentro.)*

¡Oh mis lupercos!

¡Oh Quinto Cicerón! Pese a tu tío,  
con nosotros estás. Corred, mancebos,  
honrad a César, semidiós de Roma:  
preparad en su honor el rito nuevo  
que hoy consagramos a su ilustre nombre.  
¡Con divino furor arde Lio  
en nuestras venas! ¡Evohé!

LOS LUPERCOS

¡Corramos!

ANTONIO

¡Mil veces evohé! -Marchad al templo.  
*(Se van los lupercos.)*

*Escena IV*

CASIO, MARCO ANTONIO, EL PUEBLO, LOS LICTORES.

ANTONIO

Ciudadanos, las nuevas lupercales  
comienzan hoy. A presenciar los juegos  
vendrá César al Foro; a su llegada,  
señales halle del amor del pueblo.  
Su estatua coronad; lauros y rosas  
tenéis en mi jardín.

EL PUEBLO

¡Sí! ¡Coronemos  
a César semidiós!

*(Entran algunos en casa de Antonio, y salen luego con ramas de laurel y rosas, con las que tejen una corona y guirnalda para adornar la estatua de César.)*

ANTONIO

¡Oh Casio!, ¿vienes  
con tu esportilla a recoger los huesos?

CASIO

Aún, por gracia de César, no he llegado  
a tal extremidad.

ANTONIO

Por gracia, es cierto:  
tú bien lo sabes.

CASIO

¡Yo! ¿Pues hay motivo  
para que Casio la merezca menos?

ANTONIO

¡Siempre torvo el mirar, pálido el rostro!...  
¿Qué rueda por tu mente?

CASIO

Un pensamiento  
fijo, tenaz, constante... ¡no te asombre!,  
una quimera, una ilusión, un sueño...  
¡la libertad de Roma!

ANTONIO

¡Tú conspiras!

CASIO

¡Conspirar!... ¿Y con quién? -Negar no quiero  
que hay en los nobles y en la plebe misma  
algunos... quizá muchos, que del pecho  
en lo más hondo guardan y alimentan,  
cual las vestales, el sagrado fuego.  
Muchos que el yugo de hoy, blando sin duda,  
ansiando están por sacudir del cuello;  
y que nuestra República renazca  
segunda vez; y como en otro tiempo,  
sea el pretor, pretor, y el cónsul, cónsul.

ANTONIO

¿Son muchos, dices, los que piensan eso?

CASIO

Los que lo piensan, muchos; los que osaran  
ejecutarlo, pocos.

ANTONIO

¡Tú uno de ellos!

CASIO

Si de mi voz en Roma tanta fuera  
la autoridad, te juro que, aun a riesgo  
de perder la existencia, lo intentara.  
¡Inútil sacrificio! ¡El noble ejemplo  
nadie siguiera del obscuro Casio!  
El terror, la sospecha, el desaliento  
los ánimos embarga. Quién oculta  
su humillación en el hogar materno,  
como en Bruto lo ves: quién la disfrazo  
con máscara servil: testigos Decio,  
Cimbro, Casca, Trebonio, que cortejan  
al dictador, odiándole en secreto.  
No, Antonio, no conspiro: puede César  
vivir tranquilo, de temor ajeno.  
Sólo un romano existe, que pudiera  
llamarse su rival: el que perplejo  
y vacilante y tímido a la orilla  
le halló del Rubicón, y su ardimiento  
le transmitió, y el límite vedado  
le animó a traspasar: el que por medio  
del borrascoso mar a Macedonia  
voló a salvarle de inminente riesgo:  
el que en Farsalia hundió nuestra derecha,  
que en persona mandaba el gran Pompeyo.  
¡Ése, el único es ese que si alzara  
la poderosa voz!... ¡Qué estoy diciendo!  
Ése también en gárrulos banquetes,  
por olvidar su indigno abatimiento,  
su mente ofusca y su vergüenza ahoga  
en bullentes raudales de falerno!

ANTONIO

Y ése lo acierta, Casio. ¿Qué es la vida  
sin vino y sin amor? Bendice al cielo,  
que nos depara en César quien alivie  
a pretores y cónsules del peso  
de gobernar a Roma. ¡Sois ingratos!  
Le habéis nombrado dictador perpetuo:  
eso no basta. Del laurel que ciñe  
su vencedora frente brotar veo  
las ínfulas de rey.

CASIO

¡De rey!

ANTONIO

¿Qué importa?

¿No lo es acaso ya? -¡Gracioso es esto!

¡Sufren el hecho, y les asusta el nombre!

Vamos, lictores. -Mira, mira al pueblo

coronando su estatua. -Dime, Casio;

y esos ¿fingen también?

*(Riendo.)*

¡Vamos al templo!

*(Se va precedido de sus lictores.)*

*Escena V*

CASIO, EL PUEBLO.

CASIO

¿Quiere ser rey? Los dioses le han cegado.

Y se acerca su fin. -Pues ¿no es más necio,  
teniendo el hecho, ambicionar el nombre?

Después de su clemencia, este es el yerro  
que más le ha de pesar... si por ventura  
de que le pese le dejamos tiempo.

¿Y Antonio? Antonio me ha entendido; a César  
será también traidor con su silencio.

Pocos le quedan ya, y esa noticia...

Si a confirmarse llega, Bruto es nuestro.

¡Qué lejano rumor!

EL PUEBLO

¡Es Bruto! ¡Es Bruto!

CASIO

Él se acerca.

EL PUEBLO

Salgamos a su encuentro.

CASIO

¡Bruto! Tu nombre sólo necesito  
para acabar con César. Si vencemos,  
a par del tuyo aclamarán el mío:

«¡Casio y Bruto!», dirán: -¡Casio el primero!

*Escena VI*

CASIO, BRUTO, EL PUEBLO.

*(El pueblo se ha adelantado a recibir a Bruto y le abre paso, con señales de respeto. Bruto trae en la mano un pergamino arrollado.)*

UNOS

¡Salud a Bruto!

LAS MUJERES

¡Al hijo de Servilia!

OTROS

¡Al amigo de César!

BRUTO

¡Qué estoy viendo!

¿Su estatua coronáis?

UNOS

Lo mandó el cónsul.

BRUTO

Casio, ¿lo ves? El lamentable ejemplo que los patricios dan, la plebe imita. ¡Oh! ¡La degradación! -¿Para ver esto al Foro me citaste? -Ciudadanos: el cónsul que lo manda, y los que ciegos obedecen su voz, ni a César aman, ni son romanos, ni merecen serlo. ¡Arracad de su estatua esos adornos: quitadle esa corona! ¿No estáis viendo a Junio Bruto allí, que ya indignado salta del pedestal?

UNOS

Hoy a los juegos  
viene César aquí.

BRUTO

¡Venga en buen hora  
y halle romanos; pero nunca siervos!

No imaginéis que la servil lisonja  
complace al dictador. Que vuestro acento  
le aclame «Padre de la patria»; y basta  
a colmar su ambición. -Echad al suelo,  
quitadle, os digo, esa corona, insignia  
odiosa a Roma, a César el primero.  
¿Su amigo me llamáis? Pues imitadme:  
su amigo quiero ser; y así lo pruebo.

*(Arranca los adornos de la estatua de César.)*

UNOS  
Imitemos a Bruto.

OTROS  
Él es amigo  
de César.

OTROS  
El mayor.

OTROS  
Sabrá que en esto  
le complace.

OTROS  
¡No hay duda!

OTROS  
¡Pues a tierra  
esa corona!

TODOS  
A Bruto obedecemos.

*(Despojan la estatua de los adornos.)*

CASIO  
Si al Foro te cité para que vieses  
despierta a Roma, nunca fue mi intento  
en esa baja multitud mostrarte  
a Roma: eso no es Roma: es un revuelto  
mar que furioso aquí o allí se lanza,  
obedeciendo al soplo de los vientos;  
y ese soplo es tu voz. Verás a Roma  
en sus nobles patricios, herederos

del gran poder tradicional, que ahora  
nos usurpa un tirano. Aquí muy presto  
llegarán, al rumor del nuevo insulto,  
todos en justa indignación ardiendo.

BRUTO

¿Qué nuevo insulto, di?

CASIO

Bruto: esa mano  
que al simulacro inmóvil, ha un momento,  
la corona arrancó, ¿sabrás arrancarla  
de la frente de César?

BRUTO

¡No lo creo!  
¡Casio, no puede ser! ¡Un rey en Roma!  
¡César envilecerse hasta ese extremo!  
¡Casio, no puede ser! -¡Yo le conozco!  
César en todo es grande: todo el sello  
de su grandeza lleva. En sus conquistas,  
en sus lides del Foro, en su destierro,  
en sus leyes... ¿qué más?, ¡hasta en su misma  
tiranía hay grandeza! ¡Oh! ¡Yo alimento  
una vaga esperanza en los impulsos  
de su elevado espíritu! Su genio  
no ama el poder por el poder; no, Casio:  
en él la usurpación no es fin, es medio.  
Y acabada su obra, sometidas  
las naciones, en paz el universo,  
Roma imperando... -¿Te sonríes, Casio?

CASIO

¡Sueña, feliz mortal, sueña! No quiero  
por tan breves instantes arrancarte  
las ilusiones de tu dulce sueño.  
Corto será: y el despertar ¡qué amargo!

BRUTO

¿Conque ya no hay virtud? ¿Conque derecho,  
justicia, amor de patria, son palabras,  
palabras nada más? ¿Conque yo duermo?  
Hoy otra vez me lo recuerdan: mira.

*(Mostrándole el escrito.)*

CASIO  
¿En tu casa?

BRUTO  
¿En la silla!

CASIO  
Y son diversos  
los caracteres; pero el mismo grito.  
(*Leyendo.*)  
«¡Despierta, Bruto!»  
¡Inútiles lamentos!  
César le adormeció: dejadle: César  
a despertarle va: tranquilo espero.

*Escena VII*

CASIO, BRUTO, CICERÓN, EL PUEBLO.

(*Cicerón viene por la izquierda del fondo.*)

CICERÓN  
¡Dame albricias, oh Casio! ¡Aún estas canas  
pueden salvar a Roma!

CASIO  
No te entiendo.

CICERÓN  
¡Quieren darnos un rey!

BRUTO  
¡Un rey!

CICERÓN  
¡La obra  
deshacer quieren de tu heroico abuelo!

BRUTO  
¡Un rey!

CICERÓN  
No lo temáis.

CASIO

¡Habla!

CICERÓN

Llamado

fui a casa de César ha un momento.  
Voy, llego, me introducen, y hallo juntos  
a Hircio, Lépido, Pansa, Planco, Decio,  
a los suyos en fin, que un grave asunto  
tratando estaban. Salen a mi encuentro  
todos, y con benévolo semblante  
asiéndome las manos: «Tú eres nuestro,  
me dicen, Marco Tulio; tú, lumbrera  
del Senado y del Foro; tú, el primero  
en ciencia y en virtud... (Esto decían.)  
Oye: vas a juzgar. Se ha descubierto  
que, según en los libros sibilinos  
escrito está desde remotos tiempos,  
no vencerá a los Partos quien no lleve  
el título de rey. César, dispuesto  
a marchar a esa guerra, el vaticinio  
desprecia del oráculo. ¿Y es cuerdo  
que por su temeraria confianza  
la victoria de Roma aventuremos?  
¡Apóyenos tu voz en el Senado,  
rayo de la elocuencia! ¡Suene el eco  
de esa tu ardiente inspiración divina,  
que es orgullo al romano, envidia al griego!...  
(Esto decían.) Habla, y la corona  
a César das; y a Roma el triunfo cierto.»

CASIO

¿Y hablarás?

CICERÓN

No hablaré. Tranquilizaos:  
no será rey; a Túsculo me ausento.

CASIO

¡Callar! ¡Partir! ¿Qué dices? A la patria  
no le basta tu fuga y tu silencio.  
Esa elocuencia que al tirano niegas  
se la debes a Roma. Aquí es tu puesto,  
en el Senado. Y cuando llegue el día,  
álzate audaz, y como en otro tiempo,  
grítale entonces: «¿Hasta cuándo, César,  
abusarás del sufrimiento nuestro?»

Cicerón, tu palabra a los traidores  
dará espanto; y a todos, con tu ejemplo,  
nos verás contra el pérfido tirano  
la voz alzar, y si es preciso, el hierro.

CICERÓN

¡El hierro! -De tus años juveniles  
el ciego ardor, la inexperiencia veo,  
y perdono el ultraje. ¡El hierro, dices!  
¿Piensas que torne a renacer de nuevo  
la libertad aquí, donde bañado  
Sila en sangre de nobles y plebeyos,  
cansado de matar, depuso el hacha,  
y vivió impune, y expiró en su lecho?  
¿No hubo un puñal en Roma contra Sila  
y le habrá contra César? -No acusemos  
de injusticia a los dioses. -Ya se junta  
el pueblo aquí. Yo parto. A ver los juegos  
César vendrá: que mi partida sepa.  
No será rey. Para estorbar su intento  
basta echar, noble Casio, en la balanza  
de Cicerón la ausencia y el silencio.

*(Se va.)*

Escena VIII

CASIO, BRUTO, TREBONIO, CASCA, EL PUEBLO.

*(Va llegando al Foro por diversos puntos el pueblo. Trebonio y Casca llegan al marchar Cicerón, y hablan misteriosamente con Casio. -Bruto está aparte, caviloso.)*

TREBONIO

¿Dónde va Cicerón?

CASIO

Al Tusculano.

CASCA

¿No apoyará el sacrílego proyecto?

CASIO

¿Sabéis?...

TREBONIO

¡Todo!

CASCA

¿Qué es esto? ¿Huye el cobarde?

¡Vendrá el día, Trebonio, y no tendremos su autorizada voz! ¡Nos falta un nombre popular que a los tímidos dé aliento!

CASIO

No faltará: ¡mirad!

CASCA

¡Bruto!

TREBONIO

¿Es posible?

CASIO

Nuestro será.

BRUTO, *aparte*.

¡No acabo de creerlo!

*(Movimiento en el pueblo, que dirige sus miradas hacia la izquierda, y procura tomar sitio, trepando algunos a la escalinata, a los pedestales de las estatuas y los capiteles. - Casca y Trebonio se dirigen hacia la izquierda a unirse a la comitiva.)*

UNOS

¡César! ¡César!

OTROS

¡Ya viene!

UNO

¡Ciudadanos!

¡Saludémosle todos!

OTRO

No olvidemos  
el consejo de Bruto.

OTRO

Sí: aclamarle

debemos: ¡Padre de la patria!

OTRO

Es cierto:  
sólo ese grito le complace.

OTRO

Bruto  
nos lo ha dicho.

VARIOS

Sigamos su consejo.

*(Entretanto ha salido la guardia de César, y se ha colocado detrás de la tribuna.)*

CASIO

¡Siempre con él su guardia de españoles!

Escena IX

CASIO, BRUTO, CASCA, TREBONIO, CÉSAR, DECIO, LÉPIDO, CIMBRO, CINA,  
PUBLIO SIRO, LABERIO, SENADORES, GUARDIA, PUEBLO DE AMBOS SEXOS,  
LICTORES.

*(Sale por la izquierda del Foro César, vestido de ropas triunfales, precedido de los  
lictos y acompañado de las personas que antes se citan.)*

PUEBLO

¡Salud a César!

CÉSAR

¡Al romano pueblo  
salud!

PUEBLO

¡Salud al Padre de la patria!

*(Sube César a la tribuna, donde estará colocada la silla de oro. Decio se acerca al paso  
con disimulo a Casio.)*

DECIO

¿Se decidió?

CASIO

Aún vacila.

DECIO

Será nuestro  
de aquí a un instante: aguarda.

*(Los sacerdotes de Luperco aparecen por la derecha del Foro con una ara donde arde una llama y con instrumentos músicos.)*

UN SACERDOTE

Tu mandato  
se espera, ¡oh César!

CÉSAR

Comenzad los juegos.

*(César se sienta: los sacerdotes colocan el ara delante de la tribuna y queman perfumes, que se elevan hasta César en nubes de humo, entonando al son de la música el siguiente coro:)*

HIMNO A LUPERCO

Sacro ministro del potente Jove:  
fuente de vida, animador del mundo:  
numen fecundo, tutelar de Roma,  
¡divo Luperco!  
Blando rocío los sedientos prados  
riegue, y del grano, que su seno encierra,  
brote la tierra, a tu amoroso aliento,  
frutos opimos.  
Hoy solitaria, contemplando en torno  
tálamo estéril, silenciosos lares,  
va tus altares a colmar de ofrendas  
casta matrona.  
Vele tus formas vaporosa nube:  
deja el Olimpo, los espacios hiende:  
numen, desciende: su mayor tesoro  
Roma te fía.  
¡Numen, desciende! La fulmínea espada  
César esgrime contra el Parto rudo:  
cubra tu escudo al dictador de Roma,  
¡divo Luperco!

*(Durante el coro, el pueblo ha abierto calle a las carreras, y los lupercos, desnudos de medio cuerpo arriba y coronados de pámpanos, han cruzado corriendo, azotando con correas a los que hallaban al paso, principalmente a las mujeres que presentaban las palmas de las manos para recibir el golpe, por creer que así dejaban de ser estériles. Al terminar el coro aparece, por la derecha del Foro, Marco Antonio, seguido de sus lupercos -él y ellos con el traje propio de la ceremonia- y Lucio Cota.)*

*Escena X*

LOS ANTERIORES, MARCO ANTONIO, LUCIO COTA Y LOS LUPERCOS.

ANTONIO

¡No prosigáis! En vano a las deidades  
el triunfo les pedís. Caerá de nuevo,  
como Craso cayó, quien a los Partos  
pretenda sojuzgar, contra el decreto  
inmutable del hado. -Lucio Cota,  
quindecenviro: tú, que los misterios  
penetras de los libros sibilinos,  
habla: ¿qué dicen?

LUCIO COTA

«Que ningún guerrero,  
que rey no sea, vencerá a los Partos.»

ANTONIO

¡César, vas a marchar! Para vencerlos  
falta a tu frente la real diadema  
y yo en nombre de Roma te la ofrezco.

*(Dice esto subiendo a la tribuna y haciendo ademán de poner la corona real sobre la cabeza de César. Óyese un ruido sordo y confuso entre el pueblo.)*

PUEBLO

¡Un rey! ¡Un rey!

LOS LUPERCOS *(Aplaudiendo.)*

¡Salud al rey de Roma!

CÉSAR

¿Qué haces, Antonio? -Aparta: no la acepto.

*(Aparta con la mano la corona: el pueblo aplaude.)*

PUEBLO

¡No! ¡Viva César, Padre de la patria!

CÉSAR *(Poniéndose en pie.)*

Ese nombre me basta. Yo no anhelo  
más que la dicha y el amor de Roma.  
El título de rey en otros tiempos

fue grato a la ciudad. Rey se llamaba  
Rómulo, fundador de este gran pueblo.  
Rey Anco Marcio, y Tulio, y Numa, ¡Numa,  
sabio legislador, rey justiciero!  
De la impúdica frente de Tarquino,  
indigno sucesor del noble Servio,  
esta, que Roma veneraba un día,  
sagrada insignia del poder supremo  
deslustrada cayó. No, ciudadanos,  
no ceñirá mi sien, sin que primero  
purificada sea. Al capitolio  
llevadla al punto. A Júpiter excelso  
con ella coronad. ¡Júpiter sólo  
puede ser rey de Roma! -Si por medio  
de la voz de su oráculo nos manda  
transmitirla a otra frente, porque en ello  
libra la patria su salud, su gloria,  
el triunfo de sus armas, el aliento  
de las legiones, júzguelo el Senado.  
Si él lo decreta, y lo sanciona el pueblo,  
obedecerlo juro: si uno y otro  
lo rechazan, ¡no importa! Yo contento  
a la lid partiré, llevando el nombre  
que he llevado hasta aquí. Basta el que tengo:  
¡César! ¡Ya lo conoce la victoria!  
¿Hay quien sospeche que ceñir pretendo  
la regia insignia para ser tirano?

PUEBLO

¡No! ¡No!

CÉSAR

Desde hoy a vuestro amor me entrego.  
disuélvase mi guardia. Veteranos:  
yo os relevo del sacro juramento.  
Os llamaré cuando a la guerra parta:  
¡ya ciudadanos sois, volved al pueblo!

*(La guardia se disuelve y confunde con la multitud, que abraza a los soldados. -César  
baja de la tribuna.)*

PUEBLO

¡Gloria a César, al Padre de la patria!

CÉSAR

¡Lictores, apartad!

*(Al pueblo.)*

Aquí indefenso  
tenéis a César. El pesado yugo  
con su muerte romped: he aquí mi cuello,  
romanos: si teméis mi tiranía,  
llegad, herid: desnudo os lo presento.

*(Adelantándose en medio del pueblo y retirando de su cuello la toga.)*

PUEBLO

¡César es nuestro padre, nuestro numen!

CÉSAR

¡No hay más numen que Júpiter supremo!  
Vamos al templo. Dadme esa corona:  
¡yo en su cabeza colocarla quiero!  
¡Seguidme al Capitolio!...

PUEBLO

¡Al Capitolio!  
*(El pueblo se lleva a César en triunfo al Capitolio.)*

LABERIO, *aparte.*

¡Publio Siro, qué actor!

PUBLIO SIRO, *aparte.*

¡Qué actor, Laberio!  
*(Siguen la comitiva de César.)*

CASIO, *a Bruto.*

¿Lo has oído?, ¿lo has visto?

BRUTO

¡Oh desventura!

CASIO

¿Duermes, Bruto?

BRUTO

¡No, Casio: estoy despierto!

*Acto cuarto*

*En casa de Bruto. -Es de noche. -Una lámpara encendida.*

*Escena I*

BRUTO, CASIO.

*(Bruto está sentado y pensativo. Levántase al ver entrar a Casio.)*

CASIO

¡No me engañé! Por más que su carrera  
mediando está la noche, aquí mis pasos  
encaminé sin vacilar, seguro  
de hallar a Bruto en pie, solo y velando.

BRUTO

¿Qué causa a tales horas te conduce?

CASIO

Causa de urgencia tal, que no da espacio.  
Al venidero día, por decreto  
del dictador, se juntará el Senado.  
Esta noche, en su casa, con aviso  
transmitido por fieles emisarios,  
secreto conciliábulo celebran  
los parciales de César. Yo entretanto  
a los nuestros convoco, los animo,  
y pronuncio tu nombre. Al escucharlo,  
¡vieras de aquellas almas generosas  
el vivo ardor, el férvido entusiasmo!  
Todos anhelan verte, y que la senda  
que conviene seguir trace tu labio,  
si se intenta mañana un voto indigno  
al Senado arrancar.

BRUTO

¿Tú piensas, Casio,  
que mañana proyectan?...

CASIO

Si consientes  
a los que piden estrechar tu mano  
que a tu presencia vengan, esta noche  
todo aquí lo sabremos... Ya en el atrio  
los siento.

BRUTO

Hazlos entrar.

CASIO  
Llegad, amigos.

*Escena II*

BRUTO, CASIO, CASCA, TREBONIO, CIMBRO, CINA, FLAVIO, MARCELO,  
OTROS SENADORES.

CASCA  
Aquí nos tienes, Bruto, despojados  
de la máscara vil, que fundamento  
fue de tu error y nuestro oprobio. Danos  
a estrechar esa diestra: ¡en ella sola  
la salvación de Roma contemplamos!

BRUTO  
¡Cuánto es mi asombro al veros! ¡Sois vosotros!  
¡Es posible! ¡Tú, Casca, para el cargo  
de tribuno por César elegido!  
¡Tú, Atilio Cimbro, en frecuentar su trato  
siempre el primero! ¡Tú, Cornelio Cina,  
pretor por su elección, deudo cercano  
del dictador! Y tú, ¡mayor asombro!,  
tú aquí, Cayo Trebonio: ¡tú, nombrado  
por César senador, cónsul por César,  
que te prodiga honores!...

TREBONIO  
Nunca tantos  
como a ti te prodiga. -Roma es antes  
que el privado interés. ¿Pensaste acaso  
que la estoica virtud sólo era tuya?

BRUTO  
¡No! Mas sé lo que cuesta a un pecho honrado,  
y el hallarla me admira.

CASIO  
¿No te dije  
que eras injusto, Bruto? Estás mirando  
aquí virtud y abnegación doquiera.  
¡No es muerta Roma, no!

CASCA

Todos estamos  
pendientes de tu voz.

CIMBRO

Nos falta sólo  
Quinto Ligario.

CASIO

¡No vendrá! Postrado  
el triste yace por aguda fiebre  
en su lecho.

*Escena III*

LOS ANTERIORES, LIGARIO, OTRO SENADOR.

*(Ligario sale apoyado en un báculo y en el brazo de un senador: pálido el rostro y con la agitación de la fiebre.)*

LIGARIO

¡Aquí está Quinto Ligario!  
Pues ha sanado del letargo Bruto,  
también de mi dolencia yo he sanado.

BRUTO

¿Tú con nosotros?

LIGARIO

¿Por qué no? Si César  
me perdonó la vida, no me hallo  
sujeto a gratitud. ¿A mí la vida?  
¡Rubor me causa! ¿Quién es el romano  
que puede en mí de vida ni de muerte  
el derecho ejercer, sin usurparlo?  
¡Mi perdón fue un insulto hecho a la patria!  
Fue decirnos que el aire que aspiramos  
es don de su piedad, gracia de César.  
¿Quién vive así? ¡Yo no! ¡Del lecho salto  
delirante y febril, no bien escucho  
tu nombre, Bruto! Si meditas algo  
digno de ti y de Roma, aquí dispuesto  
a seguirte me tienes. ¡Aunque flaco  
mi cuerpo está, mi espíritu está entero!

CASIO

¡Oh esperanza de Roma! ¡El desengaño  
ves aquí, Bruto!

CASCA

En tu presencia tienes  
a todos ya.

CASIO

No a todos: uno aguardo,  
uno, que aquí esta noche entre nosotros  
veréis aparecer; quien más lejano  
de vuestra mente está; quien ni aun en sueños  
imaginar podéis.

BRUTO

¡Tú has hecho, Casio,  
grandes conquistas!

CASIO

Casio no: ¡tu nombre!

CASCA

¿Quién será?... ¿Marco Antonio?

CASIO

¡Aún más cercano  
al dictador!

LIGARIO

¡A que nos trae a César!

CASIO

Si no a César, al que es depositario  
de sus secretos, de sus planes todos:  
al que a decirnos viene qué atentado  
se prepara mañana contra Roma.  
¡Vedle aquí!

*Escena VI*

LOS ANTERIORES, DECIO BRUTO.

TODOS  
¡Decio Bruto!

BRUTO  
¡Decio!

DECIO  
¡Marco!

*(Ambos se dan la mano.)*

BRUTO  
De éste no me sorprendo: Decio Bruto  
se llama: ¡el nombre obliga!

DECIO  
¡Sí, romanos!  
Fiel a mi nombre, vedme entre vosotros.  
Siempre enemigo fui del que, afectando  
salvar las leyes, el poder supremo  
hipócrita ambiciona. Ese conato  
vi en Pompeyo, ¡perdóneme su sombra!  
Por eso estuve en el opuesto bando.  
Y si él logrado la victoria hubiese  
en Farsalia, creedme, quizá tanto  
no tardara en llegar su tiranía.  
Lo que hice entonces con Pompeyo, hoy hago  
con César, hoy que sin pudor descubre  
el rostro audaz, la máscara arrojando.

CASIO  
Pues ¿qué intenta?

CASCA  
¿Qué suerte nos aguarda?

DECIO  
¡La vergüenza! ¡Morir, o ser esclavos!

TODOS  
¿Qué dices?

CASIO  
¡Habla!

DECIO

Oíd. -Por orden suya,  
ya sabéis que esta noche en su palacio  
los senadores se juntaban. César  
aparece: con gritos de entusiasmo  
acogen su presencia: quien le llama  
«El salvador de Roma»; quien, «el rayo  
de la guerra»; quien, «padre de la patria».  
Él con aspecto frío esos dictados  
parecía escuchar; cuando entre aquella  
ruidosa aclamación la voz alzando  
Marco Antonio, repite el vaticinio  
de la Sibila, y grita que el Senado  
no le deje partir, si antes no acepta  
el título de rey. Al escucharlo,  
yo vi ¡no lo dudéis! en más de un rostro  
asomar el rubor. Pero arrastrados  
por el clamor de Antonio y de los suyos,  
todos prorrumpen en ferviente aplauso.  
César procura su profundo gozo  
hipócrita encubrir; por largo espacio  
se hace rogar: hasta que al fin vencido:  
«Acepto, dice, no por mí, romanos;  
¡por la salud de Roma!» Alzan entonces  
furibundo clamor sus partidarios:  
triumfa la adulación, sucumbe el miedo...  
¡Mañana es rey!

TODOS  
¿Mañana?

DECIO  
A proclamarlo  
todos resueltos van. Será de César  
en la familia el trono hereditario.  
Por tierra y mar ostentará en su frente  
la corona real; sólo vedado  
llevarla en Roma le será... -¡Reliquias,  
último esfuerzo del pudor romano!  
También mañana de su regio trono  
el heredero nombrará. Por varios  
indicios sé que designar intenta...  
¿A quién diréis?... ¡A su sobrino Octavio!

TODOS  
¡Octavio!

CASIO

¡Octavio, ese mancebo imberbe!...

DECIO

Que a Brindis arribó, y acaudillando  
las legiones, mañana le veremos  
a las puertas de Roma.

CASIO

¡Preparado  
con astucia infernal el golpe estaba!  
¡No hay salvación! ¡Él tiene ya en su mano  
el poder de la ley y el de la fuerza!

LIGARIO

Contra esa ley de oprobio rebelaros  
a vosotros os toca, senadores.  
Yo no lo soy; pero mi voz, en tanto  
que la vuestra elocuente y poderosa  
allí combate y triunfa, el vil letargo  
sacudirá de la indignada plebe;  
y a esa ley y a esa fuerza, que el tirano  
quiere usurpar, responderán terribles,  
con la fuerza y la ley, pueblo y Senado.

CASIO

¡Tú deliras, Ligario! La elocuencia  
no es aquí de sazón. En los escaños  
de la romana Curia ¿no estás viendo  
la multitud de advenedizos galos  
que allí sentó la voluntad de César?  
Todos le aclamarán; y el temerario  
que ose mañana combatir sus votos,  
prepárese a morir. -Pues bien, ¡muramos!  
Ese es nuestro deber. Mañana, amigos,  
cuando puestos en pie, tendiendo el brazo,  
esos envilecidos senadores,  
para elevarlo al trono soberano  
su voto den; inmóviles nosotros  
en la silla curul, se lo negamos.  
Firmar será nuestra mortal sentencia;  
¡no lo dudéis! -¿Qué importa? El pecho esclavo  
compre la vida a precio de la infamia;  
¡Casio quiere morir libre y honrado!

TODOS

¡Todos contigo moriremos, todos!

BRUTO

¿Qué proferís? ¿Qué súbito desmayo  
vuestro espíritu embarga? ¡No os conozco!  
¿Quién habla de morir? Cuando un tirano  
quiere a Roma humillar, Roma a sus hijos  
no les manda morir, sino matarlo.  
¡Muera César!

LIGARIO

¡Así! ¡Digna palabra!  
¡Grito de salvación, que antes Ligario  
no ha osado pronunciar, porque esperaba  
verlo salir de tus ilustres labios!

CASIO

¡Aquí en mi corazón también bullía!  
¡Y en todos, sí! Mas ¿quién el grito santo,  
quién era digno de lanzar, primero  
que el noble sucesor del gran romano  
que fundó la República? ¿Su voto  
escucháis? ¡Muera César!

TODOS

¡Muera!

DECIO

¿Y cuándo  
la ejecución?

TREBONIO

Asegurar el golpe  
conviene.

CINA

Fácil es: ayer incauto  
su guardia despidió.

CASCA

Juremos todos  
que a su vez cada cual sabrá acecharlo,  
y en ocasión propicia darle muerte.

DECIO

En el campo de Marte.

TREBONIO

En el teatro.

CINA

Mejor en los comicios.

LIGARIO

Más seguro

en los comicios es. Marcelo y Flavio  
tribunos son del pueblo: aquí presentes  
los miráis, contra César conjurados.  
Yo el golpe le daré: ¿juráis vosotros  
amotinar la plebe?

MARCELO Y FLAVIO

Lo juramos.

LIGARIO

¡Conjuración sublime!...

BRUTO

Yo a mi casa

para tramar conjuración no os llamo:  
¡os junto en tribunal! Jueces de César  
somos, y no enemigos: nuestro fallo  
venganza no ha de ser, sino sentencia.  
No, no es mi voto que a matarlo vamos,  
cual vil ladrón que al caminante acecha  
en la tiniebla, y lo asesina al paso.  
¡No es eso digno de nosotros! Bruto  
para tan torpe acción no da su brazo.  
César por sus hazañas merecía  
los honores que goza; y yo declaro  
que merece la muerte, porque quiso,  
antes que recibirlos, usurparlos.  
¡Muera César, y muera antes que logre  
al Senado matar! ¡No consintamos  
que Roma tenga rey ni un solo instante!  
Si mañana por rey quieren jurarlo,  
¡muera mañana!

LIGARIO

¿Y dónde?

BRUTO

Donde intentan  
el crimen consumir: ¡en el Senado!

TODOS  
¡Mañana!

CASIO  
Él manda: obedecer nos toca.  
¡Muera César mañana! ¿Qué arriesgamos?  
¿La vida? Hace un instante que ofrecimos  
sacrificarla con valor: pues ¿cuánto  
más glorioso será caer revueltos  
con el sangriento cuerpo del tirano?

DECIO  
¡No lo temáis: herid! Por vuestras vidas  
yo velaré: mañana en torno al atrio  
de Pompeyo, quinientos gladiadores,  
que a sueldo tengo, acudirán armados.

CASIO  
¡Compañeros! Si el cielo nos ampara,  
no os contentéis con derribar el árbol,  
cuya sombra mortífera nos roba  
del puro sol de libertad los rayos.  
Las raíces que en torno le alimentan,  
con el hierro extirpad: o preparaos  
a verle retoñar, tronco gigante  
que sobre Roma tenderá sus brazos.  
¡No caiga solo César, con él caigan  
su amigo Antonio y su heredero Octavio!

TREBONIO  
¡Y Lépido también!

DECIO  
¡Y Dolabela!

BRUTO  
¡Callad! ¡Por vuestra boca están hablando  
miedo y rencor! -Inútil hecatombe  
queréis sacrificar. ¡Sólo tiranos  
consiente el cielo en Roma, de la raza  
de los Silas, los Césares, los Marios!  
Ni a la fuerza apeléis: si nuestra causa  
es noble y justa, su celeste amparo

los dioses le darán; y no busquemos  
vil apoyo en indignos mercenarios.  
Puñales para herir, los nuestros sólo:  
víctimas, sólo César. Sentenciado  
por las leyes está: de la sentencia  
son los ejecutores nuestros brazos.  
¿Cómo, si no, sobre su noble pecho  
alzara yo el puñal? ¡Yo, tan colmado  
por él de beneficios, de mercedes,  
tan querido de César, que al matarlo  
fuera Bruto el peor de los traidores,  
si no fuera el mejor de los romanos!  
¡Roma le debe gratitud y muerte!  
Autor de su grandeza y de su estrago,  
sus hazañas, de hoy más, borradas quedan  
para el perdón; ¡mas no para el aplauso!  
¡Vedle salvar las cumbres de Pirene,  
y al Gallego vencer, y al Lusitano,  
en el confín adonde al mar de Atlante  
rinden tributo el Miño, el Duero, el Tajo!  
¡Vedle en dos lustros de sangrientas lides  
las Galias sojuzgar! ¡Vedle, domando  
del Rhin caudal la rápida corriente,  
someter al Teutón! ¡Del Oceano  
vedle cortar con atrevida prora  
la no surcada espalda, allá plantando  
las águilas de Roma, do se ocultan  
divididos del orbe los Britanos!  
¡Mirad, mirad qué vida nuestro acero  
va mañana a cortar! Al desnudarlo,  
¡ni el odio os ciegue ni el rencor os guíe!  
¡Matémosle sin ira, ciudadanos!  
¡No somos asesinos! ¡Sacerdotes  
somos de la República, que armados  
con el sagrado acero, en las entrañas  
de una sublime víctima buscamos  
la libertad de la oprimida patria!  
¡Sobre su pecho con segura mano  
vibrad el hierro, y apartad el rostro  
con respeto y dolor! Así el mandato  
de Roma cumpliréis, que para herirle  
os presenta el puñal, bañada en llanto.  
¡Oh sacrificio grande y lacrimoso!  
¡Oh César! ¡Oh dolor! -¡Fuérame dado  
matar su intento, sin matar su vida!

CASIO

¿Lloras, Bruto?

BRUTO

¡Mañana le matamos!

¿Teméis? ¿Dudáis? ¡Lo mataré yo solo!

TODOS

¡Mañana!

BRUTO

¡Sí, mañana, en el Senado,  
al resplandor del día, descubierto  
el rostro, alta la diestra, sepultamos  
el puñal vengador en sus entrañas,  
sin ira, sin piedad; y en holocausto  
a la ofendida Roma le ofrecemos  
el cadáver allí de un hijo ingrato!

CASIO

¡Vengador de la ley, he aquí mi diestra!

TODOS

¡He aquí la mía!

*(Todos extienden la diestra hacia Bruto.)*

CASIO

¡Amigos, separarnos  
en silencio conviene: el alba asoma!

UNOS

¡Al Senado mañana!

OTROS

¡Sí, al Senado!

CASIO

El semblante sereno, el hierro oculto.  
¡Y en los dioses fiad!

BRUTO

¡Númenes sacros,  
oíd mi voz! ¡Haced que eternamente  
en este mes, a Marte consagrado,  
al Dios potente, fundador de Roma,

el sol que va a nacer, a los tiranos  
de un siglo y otro siglo espanto sea,  
y a la ciudad glorioso aniversario!

CASIO

¡Los idus son!

BRUTO

¡En los futuros tiempos  
fama eterna tendréis, idus de marzo!  
(*Los conjurados se retiran.*)

*Escena V*

BRUTO.

¡Fama eterna este día! Y de mi nombre  
¿cuál la fama será? Con el de Casio  
envuelto iré, y el de esos miserables,  
que aborrecen al hombre, y no al tirano.  
«¡Bruto, dirán, el matador de César!»  
Sin saber que le admiro, que le amo  
-¡y voy a darle muerte!-; que desprecio  
a los que son mis cómplices -¡y un lazo  
fatal me une con ellos!- ¡Que estén siempre  
mi corazón y mi deber luchando!  
Así, encendida la civil contienda,  
volé resuelto de Pompeyo al campo;  
de Pompeyo, asesino de mi padre,  
y el acero esgrimí contra el humano  
vencedor de Farsalia. -¿Por qué, oh cielo,  
por qué en tal confusión truecas los hados,  
que la causa del mal a un héroe fías,  
y la del bien a tan indignas manos?  
¡Oh costosa virtud! -Ya luce el día;  
el momento llegó.  
(*Tomando el puñal.*)  
Puñal sagrado,  
ven, escóndete aquí: contigo llevo,  
en la dudosa empresa a que me lanzo,  
si vencedor, la libertad de Roma;  
si vencido, la mía.

*Escena VI*

BRUTO, SERVILIA.

SERVILIA

Por el atrio,  
ha un instante, hijo mío, he visto algunos  
de tu estancia salir, si no me engaño.  
¿Contigo estaban?

BRUTO

Sí.

SERVILIA

¿Qué te querían?

BRUTO

Concertar nuestros votos. El Senado  
hoy se junta.

SERVILIA

¿Hoy se junta? ¿Y le convoca  
César?

BRUTO

¡Sí, madre!

SERVILIA

¿Y con qué objeto? ¿Acaso  
lo ignoráis?

BRUTO

Lo sabemos.

SERVILIA

¿Y no puedo  
saberlo yo?

BRUTO

¡Dichosa, si ignorarlo  
pudieras, madre, y yo también! -¿Recuerdas  
que aquí mismo, no ha mucho, alimentando  
falaces ilusiones, lo aguardabas  
todo de César? ¡Llora el desengaño!  
¡César quiere ser rey!

SERVILIA

¡Rey!

BRUTO

Para eso  
el Senado se junta.

SERVILIA

¿Y el Senado  
lo aceptará?

BRUTO

Lo acepta.

SERVILIA

¿Y éstos quieren  
combatir la elección? ¿Ésos, que esclavos  
viste ayer de Pompeyo y hoy de César?  
¡Ah! ¡Todo lo adivino! ¡Hijo adorado!,  
no los escuches: de tu claro nombre  
su cobarde ambición busca el amparo.  
¡Ah!, ¡no será! ¡Tu nombre tiene el cielo  
a más noble destino reservado!  
¡Dioses, dadme valor! -¡Hijo!, esos hombres  
te envidian, te odian, y a su inicuo bando,  
para perderte, con astuta maña  
te quieren arrastrar. He visto a Casio,  
que tu puesto codicia: a Decio Bruto,  
que vende a César: y al feroz Ligario,  
monstruo de ingratitud. Míralos, hijo;  
¡y mira a César!

BRUTO

¡César! -Los romanos,  
los señores del mundo, ya a sus ojos  
no somos hombres, sino vil rebaño,  
paciente grey, que a su placer traspasa,  
¿sabes, madre, que un trono hereditario  
quiere fundar?

SERVILIA

Lo sé.

BRUTO

¿Los cielos justos  
sabes que en tres enlaces han negado

prole de amor a su infecundo lecho?

SERVILIA

¡Ah! -Sigue...

BRUTO

¿Sabes tú quién es el amo  
que a su patria destina; el heredero  
que intenta designar?

SERVILIA

¿Quién es?

BRUTO

¡Octavio!

SERVILIA

¡Octavio!

BRUTO

Octavio. El dictador le espera:  
hoy llega a Roma.

SERVILIA

¡Dioses soberanos!  
¡Octavio! ¿Octavio sucesor de César?  
¿Octavio rey de Bruto? -¿Y aún mi labio  
callará? ¡No, eso no! ¡Sal de mi pecho,  
flaqueza criminal! ¡Huye, bastardo  
temor, huye de mí! -¡Dioses! ¡Prestadme  
fuerza, valor, resolución, que en vano  
pido al cobarde pecho, con que a Roma  
de un porvenir indigno libertando,  
labre su dicha y su salud, y marque  
su glorioso destino al hijo amado!

BRUTO

¡Calma esa agitación: no temas: Bruto  
cumplirá su deber!

SERVILIA

Tú ignoras...

BRUTO

¡Harto  
me has dicho, madre; adiós!

SERVILIA

¡Detente! ¿Adónde  
vas?

BRUTO

Al Pretorio voy: mi noble cargo  
me llama al tribunal.

SERVILIA

¿Y luego?...

BRUTO

Luego...

SERVILIA

¿Al Senado no irás?

BRUTO

¡Iré al Senado!

SERVILIA

¡Júralo!

BRUTO

¡Te lo juro!

SERVILIA

¡Estoy tranquila!  
¡Vete, hijo! -Aguarda. ¡Ven... ven a mis brazos!

*(Se abrazan.)*

BRUTO

¡Madre, adiós!

*(Aparte.)*

¡Quizá el último este sea!

SERVILIA

¡Hijo, adiós!

*(Aparte.)*

¡Es el último este abrazo!

*(Se va Bruto.)*

*Escena VII*

SERVILIA.

¡Qué repentina luz hiere mi mente  
y penetra mi ser! ¡Qué desusado  
valor, qué heroico espíritu me alienta  
y a la inmortalidad guía mis pasos!  
¡Dioses que me inspiráis! ¡Servilia os oye,  
y a obedeceros va! Si sella el labio  
de la madre de Bruto indigno miedo,  
la hermana de Catón arma su brazo.  
¡Licia! -El escrito es este. Aquí mi nombre.  
(*Saca el pergamino y firma en él.*)  
¡Mi sentencia firmé!

*Escena VIII*

SERVILIA, LICIA.

SERVILIA

Licia, volando,  
al palacio de César: este escrito  
pon en su mano: ¿entiendes?, en su mano.

LICIA

Serás obedecida.  
(*Se va Licia.*)

*Escena IX*

SERVILIA.

¡Digna madre,  
digna romana soy! -Bruto, hijo amado,  
tú serás rey de Roma: tus virtudes  
eclipsarán las de tu padre acaso:  
será el mundo feliz bajo tu imperio,  
¡y por mí lo será! -Desde los altos  
cielos oiga mi espíritu en tu boca  
el perdón que allí espero, si a otorgarlo  
te basta el ver que por mi propia diestra  
la antigua mancha con mi sangre lavo.  
¡Ah!, ¡no será Servilia, viva al menos,  
de su hijo execración, de Roma escarnio!

¡He aquí su espada!  
(*Toma y desnuda la espada de Bruto.*)  
¡Oh sol, tu luz me baña  
por la postrera vez!  
(*Mirando hacia lo exterior.*)  
¡Qué estoy mirando!  
Ese vasto edificio que ilumina  
con vivo resplandor... es el teatro  
de Pompeyo... y la Curia. -El pueblo acude...  
lictos los rodean... sobre el mármol  
del pavimento colocada miro  
la silla de oro... ¡Oh dicha! ¡Allí el Senado  
juntarse debe! ¡Y yo desde este sitio,  
sola y oculta, contemplar el acto  
podré, que es obra mía! ¡Ver de César  
la conmoción, del pueblo el entusiasmo!...  
Sí, quiero verlo: ¡lo veré! -¡Una hora!...  
¡Una hora no más!... Detente, ¡oh brazo!  
¡Aguarda para herir que a mi hijo vea  
sobre el trono del mundo levantado!

## ACTO QUINTO

*Plaza de Roma, donde está el gran teatro de Pompeyo, al cual se ve unida la Curia, pórtico con gradería y columnata, que ocupa parte del escenario. Allí la estatua de Pompeyo, la silla de oro destinada para César, y las curules para los senadores. En derredor edificios diversos, y calles que desembocan en la plaza.*

### *Escena I*

FLAVIO, MARCELO, ENNIO, PUEBLO, LICTORES.

*(Lictos colocados de trecho en trecho alrededor de la Curia. -Grupos de pueblo en diversos puntos de la plaza, tomando puesto para ver la ceremonia. Entre ellos Ennio, el esclavo de Casio. -Aparecen los tribunos Flavio y Marcelo por opuestos lados.)*

MARCELO Heme aquí, Flavio.

FLAVIO A un tiempo nos juntamos.

MARCELO Mi tribu he recorrido.

FLAVIO Y yo la mía.

MARCELO ¿Has observado agitación?

FLAVIO Ninguna.

MARCELO Ni yo.

FLAVIO No hay que temer: nadie malicia

nuestra conjuración.

MARCELO Ejecutarla

hoy sin falta debemos, o peligra

un secreto entre tantos.

FLAVIO Hoy sin falta

será. Bruto está al frente: en él confía.

MARCELO Y dime, Flavio: pues tribunos somos

de la plebe, ¿la plebe tú imaginas

que en ello ganará?

FLAVIO Ganará siempre

derribando un tirano que la humilla.

MARCELO ¿Y qué vendrá después?

FLAVIO Lo que viniere

lo veremos después. ¿Por qué no miras

hoy lo presente, lo futuro luego?

MARCELO Lo presente he mirado, y a su ruina

concurro con mi brazo. Pero dime:

la seca y desdeñosa altanería

con que Bruto nos trata, ¿no te infunde

recelo?

FLAVIO Bien: el hierro que hoy esgrimas

no lo envaines; y espera.

MARCELO ¡Calla!

FLAVIO Es Ennio,

un esclavo de Casio.

(A Ennio.)

¿Qué te guía

a estos sitios?

ENNIO Mi dueño me ha mandado

aquí aguardarle.

FLAVIO ¿Dónde está?

ENNIO En la silla

del tribunal.

(Los tribunos se alejan.)

Escena II

LOS DICHOS, LUCIO, ARTEMIDORO.

LUCIO Pues no hay otro recurso,

aquí le esperaremos.

ARTEMIDORO Hoy su vida

vas a salvar; la libertad te aguarda.

LUCIO ¡Plegue a los dioses! En su mano misma

pondremos el escrito.

ARTEMIDORO Antes que suba

esas gradas, sabrá la trama inicua.

ENNIO ¡Lucio!



Anoche Casio, tu señor, con Cina  
en casa entró: doliente halló en el lecho  
a Ligario: fue corta su visita.  
Parten; y a poco alzándose Ligario  
encendido y febril, vístese aprisa  
y con incierto pie tras ellos sale.  
Al despuntar el alba, a la hora misma  
que tu señor, a casa volvió el mío.  
¡Espanto daba el verle! En fuego ardía  
su seca piel: exánime en el lecho  
cae; yo a su lado estaba, y en él fijas  
mis miradas. -De pronto sobre el codo  
se alza como un espectro: sus pupilas  
lanzan siniestra llama: ¡de sus miembros  
la convulsión el lecho estremecía!  
Y en su boca espumante estas cortadas  
frases escucho. «¡Hoy es... hoy es el día!  
¡Hoy me libro del peso! -Bruto... Casio...  
¡Al Senado!... ¡La hora se aproxima!  
¡No olvidéis el puñal! ¡Oculto!... ¡oculto!»  
Sus palabras el crimen que meditan  
me revelan; y a par el pensamiento  
de conquistar mi libertad me inspiran.  
Ciego, resuelto, le abandono y salgo.  
A Artemidoro busco, la noticia  
le doy, y ambos de César al palacio  
corremos. ¡Vano intento! Casca, Cina,  
Decio Bruto la entrada a todos cierran,  
y a los curiosos el tribuno obliga  
de allí a alejarse. La denuncia entonces  
escribe Artemidoro en su nativa  
lengua y en nombre de ambos; y aquí a César  
esperamos resueltos. Ennio, imita  
mi arrojo: a nuestro nombre junta el tuyo,  
y por la libertad juega la vida.  
ENNIO            ¡Jugada está! -¡Son ciertas tus sospechas:  
es cierta su traición! Yo en esa intriga  
ciego instrumento he sido. Por mandato  
de Casio, una vez fui... ¡Tente! ¡Oh divina  
inspiración!...  
LUCIO                            ¿Qué piensas?  
ENNIO                            Oye: el golpe  
pudiera aquí fallarnos. Quizá impida  
la muchedumbre el paso: quizá ocurran...  
¡quién sabe! ¡mil azares! -Yo, por dicha,  
libre acceso hasta el cónsul Marco Antonio

tengo: el cómo os diré. -De aquí vecina  
su casa está: venid: él es de César  
amigo fiel.

ARTEMIDORO También fallar podría  
ese medio: uno y otro se aprovechen.  
Id vosotros al cónsul: la venida  
yo aguardaré de César. ¡Ambos medios  
no han de fallar!

LUCIO ¡Los dioses nos asistan!  
Ven por la libertad.

ENNIO ¡O por la muerte!

LUCIO ¿Qué más nos da? -¿La esclavitud es vida?  
(*Se van los esclavos.*)

Escena V

ARTEMIDORO, FLAVIO, MARCELO, PUEBLO, LICTORES, *luego* BRUTO,  
CASIO.

ARTEMIDORO ¡Le salvaré: la gratitud me impone  
este deber!

FLAVIO Marcelo, ¿no divisas  
a Bruto y Casio? Ahí vienen.

MARCELO ¡Los primeros!

FLAVIO ¡Y pudiste dudar!

ARTEMIDORO Ya se encaminan

Bruto y Casio a su puesto: iré yo al mío.

(*Se retira. -Llegan Bruto y Casio.*)

CASIO ¡Salud a los tribunos!

MARCELO Todavía  
no ha llegado ninguno.

CASIO A la hora sexta  
convocados estamos, y la quinta  
no es aún.

MARCELO ¿Y vendrán?

BRUTO Para esta empresa

con uno basta, y somos dos. -Retira  
del pórtico a la plebe: no conviene  
que presencie el suceso. La noticia  
saldrá de ese recinto autorizada;  
que el ser el hecho allí, le califica,  
y desnudo de lástimas plebeyas,  
brillará en su grandeza y su justicia.

MARCELO Lo haré. -Lictores, despejad la Curia.

(*Los lictores hacen retroceder al pueblo al fondo. -Van llegando por diversas calles y  
con intervalos los senadores, de los cuales, unos se quedan conferenciando en el pórtico  
y otros entran en la Curia.*)

Escena IV

LOS DICHOS, CASCA, TREBONIO, CIMBRO, CINA.

CASCA ¡Malas nuevas!

CASIO ¿Qué ocurre?

CASCA ¡Contrarían

los hados nuestro plan!

CASIO ¿Cómo?

CASCA Al Senado

quizá no venga César.

MARCELO ¿Qué motiva

esa resolución?

CASCA Ante los Lares

que en su palacio el pórtico autorizan,

hoy al primer albor del sol naciente

sacrificó el arúspice Espurina

una cándida res; y en sus entrañas

siniestro agüero presentó a su vista:

¡faltaba el corazón! -Todos a César

la nueva dan, y unánimes opinan

que no vaya al Senado. Él los escucha,

y responde impasible: «Si a la víctima

le falta corazón, a mí me sobra.»

BRUTO ¡Oh, vendrá!

CASCA De la estancia en que aún dormía

su esposa, llega entonces a su oído

un confuso rumor: allí encamina

sus pasos, entra silencioso, llega

al pie del lecho, y a Calpurnia mira

con un ensueño lúgubre luchando.

Ambos brazos convulsos extendía,

y entre ahogados sollozos exclamaba:

«¡Tened!... ¡perdón!... ¡perdón!» Lumbre rojiza

destellaba una lámpara, y el aire

en resplandor sangriento se teñía.

Despierta luego, y abrazando a César,

por su amor, por los Dioses le suplica

que no salga por hoy; que ha visto en sueños

cien puñales alzarse, y a él sin vida

en sus brazos caer. -Decio del caso

nos ha informado; y teme que se rinda

César por fin al llanto de su esposa,

y nuestra junta aplace, y nos despida.

CASIO ¡Fatalidad!

TREBONIO ¿Qué haremos?

CINA Si se aplaza,

nuestro plan se divulga.



todos con plena libertad sus votos.  
Lictores, alejaos: las avenidas  
guardad: sólo a los Padres del Senado  
llegar hasta la Curia se permita.  
(*Los lictores que rodeaban la Curia se retiran al fondo.*)

Escena VI

LOS DICHOS, LÉPIDO Y EL LICTOR.

LÉPIDO De ti llamado con urgencia, cónsul,  
a tu mandato estoy.

ANTONIO Tú, que acaudillas  
la orden ecuestre, Lépidio, conduce  
al instante a la puerta Tiburtina  
infantes y jinetes: ni un soldado  
en Roma quede: y si entretanto arriban  
las legiones de Brindis, que allí aguarden  
las órdenes del cónsul.

LÉPIDO A cumplirlas  
corro sin dilación.  
(*Se va.*)

Escena VII

LOS DICHOS, *menos* LÉPIDO. -VALERIO, *jefe de los lictores.*

ANTONIO Llega, Valerio.

VALERIO, *aparte.* Hecho está.

ANTONIO, *aparte.* ¿Y los esclavos?

VALERIO, *aparte.* A mi vista,  
en el fondo del Tíber.

ANTONIO, *aparte.* Del secreto  
único dueño soy. -César, expía  
tu negra ingratitud. -¿Mi rey Octavio?  
¡Ah! ¡No será mientras Antonio viva!  
(*Se va con sus lictores.*)

Escena VIII

LOS DICHOS, *menos* MARCO ANTONIO Y SUS LICTORES. *Después*  
DECIO BRUTO.

CASCA ¡Sin sospecharlo, nuestro intento ayuda!

CASIO ¿Sin sospecharlo? -¡Acaso!

TREBONIO ¡Qué! ¿Imaginas?...

MARCELO ¡Misterioso es su hablar!

CASCA ¡Su ausencia extraña!

FLAVIO ¡No hay duda, algo penetra!

MARCELO ¡Su perfidia

nos tiende un lazo!

CASIO ¡Aquí está Decio!

TODOS ¡Decio!  
CASCA ¡Acaben nuestras dudas!  
CASIO ¿Qué noticia  
nos das?  
DECIO ¡Que viene César!  
BRUTO ¡Lo estáis viendo!  
CASIO ¿Le persuadiste al fin?  
DECIO No: es un enigma  
que tiemblo descifrar. -Nada alcanzaban  
mis esfuerzos: en vano la propicia  
ocasión le pintaba, y el desaire  
inmerecido que al Senado hacía,  
cuando junto en la Curia le aguardaba  
para alzarlo por rey. Era perdida  
mi voz. A las plegarias de Calpurnia  
iba a ceder; cuando de pronto avisan  
que en el pórtico, ha tiempo, ver a César  
demandaba una esclava de Servilia.  
BRUTO ¡Es mi madre!  
DECIO Que al punto la introduzcan  
manda. Llega la esclava, y deposita  
un escrito en su mano. César lo abre,  
le lee: sus ojos de repente brillan,  
y a sus párpados lágrimas asoman.  
«¡Pronto al Senado!, exclama. Decio, avisa  
mi llegada.» -¡Y ahí viene!  
CASIO ¿Y ese escrito?  
DECIO En su mano arrollado.  
CASIO ¡De Servilia!  
BRUTO ¡De mi madre!  
CASCA ¡Si anoche, por ventura,  
nos oyó!...  
DECIO Ella es mujer, y condolida  
tal vez...  
BRUTO ¡Ella es romana, y es mi madre!  
CASIO ¿La denuncia a venir le animaría?  
MARCELO ¡A venir preparado a castigarnos!  
BRUTO Pues bien; si tal sucede, ¡almas mezquinas,  
dejadme, huid! ¡Lo mataré yo solo!...  
¡Y a ella después!  
CASIO ¡Silencio! Él llega.

Escena IX

LOS DICHOS, CÉSAR.

*(César viene en litera, traída por ocho esclavos; le preceden los lictores; le acompañan los senadores.)*

EL PUEBLO

¡Viva

César!

CÉSAR ¡Salud! ¡Salud, pueblo romano!

*(Baja de la litera. -Trae en la mano el pergamino que le envió Servilia. Artemidoro pugna por llegar hasta él.)*

ARTEMIDORO ¡Dejadme... quiero hablarle! -César, mira ese escrito.

*(Le entrega el pergamino.)*

CÉSAR, tomándolo. Lo haré.

ARTEMIDORO ¡Léelo tú solo!

CÉSAR ¡Yo solo!...

*(Al abrirlo, ve a Bruto, se dirige a él conmovido, y le pone la mano en el hombro.)*

¡Oh! ¡Que aquí estás! ¡Cuánta es mi dicha!

ARTEMIDORO ¡Léelo, César!...

CÉSAR *(Dádoselo a Decio.)*

Entérate.

ARTEMIDORO ¡Tú solo!

DECIO *(Aparte, leyéndolo.)*

¡Cielos!

ARTEMIDORO ¡César, tú solo!

DECIO ¡A ese que grita

llevaos, lictores!

ARTEMIDORO ¡Ah, traidor!

DECIO ¡Llevadle!

*(Los lictores sujetan a Artemidoro, que se resiste.)*

ARTEMIDORO ¡Traidor!...

DECIO ¡Pronto: a la cárcel Mamertina!

*(Se lo llevan. -César, embebecido contemplando a Bruto, a nada atiende.)*

ARTEMIDORO *(Perdiéndose a lo lejos su voz.)*

¡Traidor!...

DECIO *(Aparte a los conjurados.)*

¡El golpe luego, o nos perdemos!

Escena X

LOS DICHOS, menos ARTEMIDORO.

CÉSAR ¡En vano, ingrato, mi presencia esquivas!

¡Con lazo estrecho unidos nuestros nombres,

juntos resonarán desde este día

en la remota edad!

BRUTO ¡Así lo espero!

CÉSAR ¡Y para el bien universal!

BRUTO ¡Me anima

también esa esperanza!

CÉSAR Y de vosotros

también espero yo que, a envejecidas

ideas renunciando, deis a Roma

lo que hoy para ser grande necesita:  
¡Ser humana! ¡Ser justa! -Esos inmensos  
pueblos, que esclavos a sus pies se humillan,  
no merecen el yugo; porque nada  
guardan de su barbarie primitiva,  
y en cultura y saber, en ciencias y artes  
quizá con nuestra Italia rivalizan.  
¿Cuál es hoy su destino? ¡Ser despojo  
de un procónsul rapaz, que sólo aspira  
a gozar, a oprimir, a enriquecerse,  
esquilmando su mísera provincia!  
Libertad piden: y es razón. -Vosotros,  
que tanto aborrecéis la tiranía,  
¿por qué queréis que la de Roma pese  
sobre el mundo, y que os odie y os maldiga?  
¿Le hicisteis culto y le queréis esclavo?  
¡Error! ¡Funesto error! -En sus conquistas,  
donde llevó sus victoriosas armas,  
Roma llevó su ser, llevó su vida.  
Ya Roma no está aquí: ¡Roma es el mundo!  
Y desde el Septentrión a las orillas  
del lusitano mar, todo hombre libre  
ciudadano romano se apellida.  
A que cumpla este fin un dios me llama:  
a que destruya toda tiranía:  
la vuestra la primera. -Alzose un tiempo  
en interés de los patricios Sila,  
en interés de los plebeyos Mario:  
¡yo en interés de todos! Ley precisa  
será, pues todos han de ser iguales,  
que uno mande. Hoy aquí la regia insignia  
me va a dar el Senado, y yo la acepto:  
no por la predicción de la Sibila;  
mas porque el bien del mundo la reclama,  
y yo me siento digno de ceñirla.  
El Senado me aguarda: entrad conmigo;  
y escucharéis el nombre del que un día,  
de mi sangre heredero y de mi trono,  
rey de Roma será. La Italia rija  
por mí, dichoso; mientras yo la Armenia  
cruzo, conquisto al Parto, la ardua cima  
del Caúcaso traspaso, y por los bosques  
de la áspera Germania, y las sumisas  
Galias, cerrando el círculo, os presento  
la tierra entera a vuestros pies rendida.  
Todo dispuesto está: mañana marchó.



SERVILIA, *dentro.* ¡Bruto!

CASIO (*Yéndose con los conjurados.*)

¡Viva  
la libertad!

BRUTO, *deteniéndose.* ¡Mi madre!...

Escena XI

BRUTO, SERVILIA.

SERVILIA ¡Bruto! ¡Es cierto!

¿Qué has hecho?... ¡Di!...

BRUTO ¡Matar la tiranía!

SERVILIA ¡Mátame a mí también! -¡Ese es tu padre!

BRUTO ¡Mi padre!!!...

SERVILIA ¡Lee!

(*Arranca el pergamino de la mano de César, y se lo presenta.*)

BRUTO (*Después de leer.*)

¡Qué horror! -Y tú, Servilia...

SERVILIA ¡Mátame!!!...

BRUTO ¡Te perdono! -¡Gracias, Dioses,

que hasta quedar mi obligación cumplida  
no me habéis revelado este secreto!

¡Cuánto mayor esfuerzo al alma mía  
le costara, sabiéndolo! Y acaso...

Entonces... -¡Bruto! ¿Qué? ¿Vacilarías?

Calla, fiera virtud, y pues los Dioses  
me han querido salvar, nada me digas.

¡Tu inspiración seguí! ¿Qué más me pides?

¡Tu inspiración seguí!... Pues ¿por qué agita  
mi pecho hondo terror? ¿Por qué las gentes  
en mí sus ojos con espanto fijan?

¡Romano soy!... ¡Soldado de Pompeyo!

¡Alumno de Catón!...

(*Dándole a Servilia el pergamino.*)

¡Madre, aniquila

ese fatal escrito! -Quien a César

mató fue Marco Bruto... ¡Parricida

no me llaméis! -¡Qué lágrimas son estas!

SERVILIA ¡Hijo!...

BRUTO ¡No más flaqueza! -¡Huye, Servilia!...

¡No te conozco ya!... ¡Roma es mi madre!

(*Óyense a lo lejos confusamente gritos del pueblo.*)

SERVILIA ¡Qué lejano rumor!... -¡Ah! ¡Por tu vida

ya comienzo a temblar! -¡Hijo, ese pueblo

amaba a César!... ¡Si a vengarle aspira!...

BRUTO ¡Yo le amaba también!

SERVILIA ¡Ah!, pero en Roma





PUEBLO

¡Viva

César Octavio!

SERVILIA

¡Oh Bruto! ¡Oh inútil crimen!

¡Era forzosa ya la tiranía!

Y tú a un héroe clemente se la arrancas;

¿y a quién la entregas, desdichado? ¡Mira!

*(Servilia y Casio se llevan a Bruto. -Los triunviros avanzan.)*

LÉPIDO ¡El triunvirato vence!

ANTONIO, *a Octavio.*

¡Roma es nuestra!

PUEBLO ¡Viva César Octavio!

OCTAVIO, *para sí.*

¡Roma es mía!